

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Las Guerras de Religión
y el Gobierno de
Enrique IV.



TESIS

Que para obtener el Título de
Maestra de Historia Universal
presenta la señorita
Lucina Isabel del Valle Villalobos



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A la memoria de mi
adorada madrecita "Lucina"*

*cuyo recuerdo y cariño guardo
celosamente en mi corazón*

A mi Padre

con todo cariño y gratitud.

Al Ilustre Lic. y Prof.

Salvador Azuela

Director y Consejero de esta tesis.

A mis Maestros.

INDICE

	Pág.
Prólogo	11
CAPITULO I	
Antecedentes de la Reforma en Francia	13
CAPITULO II	
Las guerras de Religión en Francia	25
CAPITULO III	
Enrique de Navarra y las Guerras de Religión	43
CAPITULO IV	
Datos generales acerca de Enrique de Navarra hasta su advenimiento	63
CAPITULO V	
La política de Enrique IV	79
CAPITULO VI	
Ultimos tiempos de Enrique IV	95
Conclusiones	109
Citas Bibliográficas.....	111
Bibliografía	115

P R O L O G O

El tema que inspira esta tesis, tiende a destacar a una de las personalidades que en el transcurso de mi carrera me fué más atractiva, tanto por su interés histórico como por la figura novelesca en que se ha convertido en nuestros días.

No pretendo en este trabajo hacer un estudio completo y novelesco acerca de la apasionante figura de Enrique IV, de su intervención en las Guerras de Religión como punto de apoyo del partido protestante y de las consecuencias fecundas de su gobierno. Es tan sólo una preocupación desinteresada de mi parte por profundizar en el conocimiento de una de las épocas más interesantes de la historia moderna.

Después de la lectura de los autores que he consultado para la elaboración de este bosquejo de un asunto tan debatido, espero haber llegado a un juicio sereno de los hechos, necesario en una disciplina de la naturaleza de la historia.

Finalmente, por la complejidad que implican trabajos de esta índole, que requieren una larga familiaridad con la obra sistemática de la investigación, espero contar con la benevolencia de los señores miembros del Jurado.

CAPITULO I

Antecedentes de la Reforma en Francia.

ANTECEDENTES DE LA REFORMA EN FRANCIA

Francia no podía substraerse y permanecer al margen de la corriente ideológica reformista que en materia religiosa se había iniciado en Alemania, donde hizo progresos notables habiéndose formado alrededor de Lutero un poderoso partido, dispuesto a sostener la nueva doctrina llevándola a que se afirmara, a pesar de las amenazas del Papa y aún del mismo Carlos V.

La cercanía de la Alemania protestante y el auge que la imprenta en esta época había tomado propagando las doctrinas luteranas, hicieron posible el inmediato conocimiento entre los franceses de sus puntos esenciales, encontrando en todas las clases sociales simpatizadores que se encargaran de difundir la Reforma imprimiéndole el sello propio y original del genio y temperamento francés.

En Francia una parte importante de la población como en todos los pueblos cristianos del siglo XVI, sentía la necesidad de una reforma en la iglesia, aunque debe decirse que ésta no iba contra el dogma, sino contra la disciplina quebrantada por un sector del clero, el aspecto general era en los sacerdotes aludidos en unos de ignorancia y en otros de codicia grotesca, al comerciar con las cosas santas y viendo en los cargos verdaderos manantiales de riqueza. El espíritu de caridad se había tornado en arrogancia y perversión.

El clero de Francia más culto y amante de la libertad y de las artes que el de otros países, veía con zozobra la descomposición moral a que nos referimos. Esto dió lugar a que no faltaran franceses que se sintiesen atraídos hacia las ideas reformistas que en su patria comenzaban a circular. Otros abogaban por un concilio universal que devolviera a la iglesia su pureza original.

El rey de Francia, Francisco I; no era ajeno al sentimiento reformador, por lo cual procuraba la ilustración del clero y del pueblo creando escuelas dirigidas por la iglesia y obligando la lectura del Nuevo Testamento. De esta manera fué conocido su texto por mucha gente que sólo estaba familiarizada con pasajes insertados en la ceremonia del culto, despertando el amor a Cristo. Se sintió así que amar a Cristo era esencial y lo demás secundario, constituyendo este hecho un factor favorable a la reforma.

Lefèvre d'Étaples inspirado en el sentimiento universal de renovación de la iglesia, escribió algunas obras que iniciaron la reforma en Francia sin que el autor conscientemente se hubiera propuesto tal objeto. Estas obras fueron en 1508 "Quincuplex psalterium" como dice Lavisse y Rambaud (1) cuyo prólogo es una invitación a la lectura de los libros sagrados; "Comentario sobre las epístolas de San Pablo", Lefèvre d'Étaples afirma, sin reserva la autoridad única de la Sagrada Escritura, la salvación por la fe no por las obras y se opone a la lectura de las oraciones en latín. En 1522 publicó su "Comentario latino sobre los Evangelios" cuyo prólogo es llamado "El manifiesto de la Reforma en Francia", como afirma Lavisse y Rambaud (2). En un alarde de patriotismo y valor tradujo de 1523 a 1528 a la lengua vulgar "El Nuevo Testamento", "Los Salmos" y "El Antiguo Testamento".

Esta obra de propaganda del nuevo sentimiento reformista, sólo fué posible con el apoyo y simpatía del rey de Francia en su primera época, pues de lo contrario hubiesen pasado muchos años y no es difícil que acontecimientos violentos se opusieran para realizar tal objeto.

Margarita de Angulema hermana de Francisco I, fué un inestimable baluarte de la reforma en Francia. Su amor a las letras, a las artes, a la libertad, su espíritu saturado de ternura y su carácter bondadoso y humano, así como la pureza de su alma, fueron cualidades que significaron una gran contribución al movimiento. Logró para la nueva corriente el apoyo máximo con la finalidad de obtener el apoyo franco y decidido del rey. En ella encontraron consuelo los perseguidos y estímulo los reformadores.

En Meaux el obispo Brinçonnet se propuso llevar a cabo las ideas reformistas solicitando para ello la ayuda de los jóvenes discípulos de Lefèvre d'Étaples para que aplicaran la escuela de su maestro: lec-

tura del evangelio en francés y explicaciones familiares de la doctrina cristiana. Meaux fué el foco de los reformistas franceses. Ahí se encontraban sus principales hombres: Gerardo Roussel, Miguel de Aranda, Vatable y Guillermo Farel.

La Sorbona, centro de la ortodoxia más intolerante con un cuerpo de teólogos tradicionalistas, naturalmente consideraba la Reforma como una reacción satánica contra el dogma, enemigos del clero y de la iglesia a los caudillos y reformistas.

Los teólogos conservadores, no aceptaban la innovación de las instituciones eclesiásticas y no querían mirar los errores y corruptelas que produjeron la Reforma, inclusive estaban sordos al clamor universal que con fuertes voces pedían más respeto para el dogma y más consideración para las cosas de Dios. Llamaron blasfemos y herejes a quienes señalaron las fallas de los funcionarios de la iglesia. Aprovechándose de la ausencia del rey, intimidaron a Luisa de Saboya, madre de Francisco I, para que estuviera de su parte y organizara una misión para abatir a sus adversarios y confiscar sus obras.

El monarca indignado ordenó por medio de una misiva dirigida al Parlamento de París que suspendiera tal atropello y la Sorbona no logró en este período el apoyo del rey.

El cautiverio de Francisco I en España facilitó a la Sorbona el medio de volver a presionar a la Reina Madre para conseguir su favor y poner en obra una política de exterminio. Logró su objeto y el Papa Clemente VII autorizó el nombramiento de dos consejeros elegidos por el mencionado Parlamento que juzgaran a los herejes sin apelación. Los efectos de estas medidas fueron la muerte en la hoguera y el destierro de los mismos herejes. El rey desde su prisión ordenó que se pusiera término a dichos actos, pero el Parlamento contestó que en cosas de Dios, el rey no tenía autoridad y mandó a la hoguera al hombre que pudo haber sido el alma de la Reforma en Francia, me refiero a Luis de Berquin como asegura Lavissee y Rambaud (3). A su regreso Francisco I dió una bofetada en pleno rostro a la Sorbona publicando un edicto en el que se daba libertad para enseñar el griego y el hebreo, lenguas consideradas como medios de comunicación espiritual de los herejes. Actos como éste, le valieron al monarca ser considerado como un gobernante prudente ante los conflictos religiosos. Enrique

VIII solicitó de él una alianza, la cual fracasó por el carácter influenciado e indeciso de Francisco, ganándolo a su causa el papa Clemente VII mediante la promesa del Milanesado. Sin embargo, tratando de mantener el equilibrio en su reino, reunió a su consejo de Avignon, con el objeto de negociar una alianza con los príncipes protestantes de Alemania. El papa Clemente VII volvió a convencerlo y consiguió de Francisco la expedición de un decreto condenando los casos de herejía y perdonando a Béda, el síndico fanático y rencoroso de la Sorbona y sus colegas que habían sido expulsados de Francia, por el rey a consecuencia de la prohibición que éste hizo de la circulación de los cantos franceses llamados "El espejo del alma pecadora" como dice Lavisse y Rambaud (4) escritas por Margarita de Angulema. Tales cambios en el ánimo del rey son explicables porque no era un hombre de convicciones firmes y de criterio decidido. Una entrevista secreta con el Landgrave de Hesse, jefe del protestantismo alemán, dulcificó sus sentimientos hacia los protestantes y lo hizo concebir el proyecto de llevar a Francia a Lutero y Melanchthon. Expulsó nuevamente a Béda el teólogo de la Sorbona, cuya inflexible actitud contra los reformistas no se quebrantaba. Por tercera vez el rey de Francia, volvió con encono su autoridad contra los protestantes, indignado por unos carteles que luteranos exaltados habían pegado en las paredes de los edificios de París, inclusive en la propia puerta de su habitación de palacio en Amboise y ordenó por medio de dos decretos los más injustos que expidió: la extinción de los herejes y la prohibición de que ellos usaran la imprenta en su reino.

Tal estado lamentable para los protestantes se prolongó hasta 1535, en que el rey convencido que la política que estaba siguiendo era absurda y equivocada, dando lugar con ella a inhumanas represiones contra los reformistas y a la espalda de su poder, se daba auge a las más bajas pasiones y a los más crueles tormentos. Publicó entonces el 31 de mayo del propio año el Edicto de Lyon confirmando el de Concy, concediendo la amnistía a los reformistas y aún a los sacramentarios que eran los más radicales. Esta fué la última ocasión en que el rey Francisco I inclinó su simpatía hacia los protestantes y estuvo, por mejor decirlo, de parte de éstos. Razones políticas lo arrojaron definitivamente en brazos del grupo ortodoxo, después de la entrevista celebrada en Niza y Aigues Mortes en 1538.

El régimen de tolerancia que había sido norma del gobierno de Francisco I se tornó en una política de exterminio, de persecución, de venganza, Francisco vino a ser el verdugo de los protestantes guiado por Caraffa "inquisidor italiano", Los Guisa, Motmorency y Diana Poitiers, enemigos irreconciliables de los hugonotes a quienes deseaban exterminar.

Sustituyó a su antiguo canciller Antonio Duprat por Guillermo Poyet que detestaba las nuevas ideas. El primer acto de este último fué anular el Edicto de Concy y más tarde publicar el de Fontainebleau por medio del cual se organiza la persecución concediendo la cuarta parte de los bienes confiscados a los que delaten herejes. Esta era de terror culmina el año de 1545 con la matanza de tres mil Valdenses, ordenado por el rey quien la dictó empujado por el error a que lo indujeron quienes lo rodeaban. Francisco supo ya en su lecho de muerte la massacre cometida en gente humilde e indefensa e hizo jurar a su hijo Enrique II que castigaría a los culpables ya que él impotente para hacerlo moría con el arrepentimiento de un hombre de bien.

Si Francisco I cometió errores en su política de tolerancia, se debieron en unas ocasiones a su interés político y en otras sorprendido por quienes deseaban aniquilar a los protestantes; pero su hijo Enrique II fué la personificación de gobernante mediocre y débil, incapaz de preocuparse de los grandes problemas del reino que le desagradaban, dejando que los resolvieran los menos capacitados y los más parciales. El año en que ocupó el trono a instancias del cardenal de Tournon, se creó en el seno del Parlamento de París una cámara especial encargada de conocer y sentenciar con rapidez los casos de herejía. En 1551 publicó el Edicto de Chateaubriant, (verdadero código de persecuciones) reglamentando la imprenta, la lectura de la Biblia, las certificaciones de la fe cristiana y penas contra los jueces negligentes en los juicios correspondientes.

A los acusados se les trataba con crueldad sometiéndolos a espantosos tormentos y luego se les quemaba vivos. La ferocidad de los tribunales eclesiásticos y laicos no quebrantó ni por un momento la fé de los reformados, quienes todavía sin confesión de fe, catecismo, organización eclesiástica, dogma distinto al católico, morían por sus convicciones. Su libro de lectura era la Biblia, pues no conocían los libros de Calvino, por no estar traducidos a la lengua vulgar.

Entre los reformados los más avanzados en ideas, pero los menos en número eran los sacramentarios que veían en los sacramentos de la iglesia símbolos solamente.

Los protestantes nunca exigieron nada, sólo se abstenían de tomar parte en lo que ellos creían contrario a la verdad. Eran juzgados no por fanáticos en su fe, sino por su incredulidad.

Los reformistas en Francia eran ya muchos, por lo cual se hacía necesaria su organización buscando la manera de agruparse en iglesias. La primera fué la de París en el año de 1557 que contó con cuatro pastores. El otro medio de organización, consistió en reuniones secretas; algunas de ellas fueron descubiertas y sus integrantes ejecutados sin piedad, como sucedió con los que se reunían en la Calle de San Jacobo. Estas ejecuciones dieron motivo a que Calvino redactara, de acuerdo con los pastores de París, una especie de confesiones de fe, para contestar a las calumnias y garantizar a los príncipes alemanes que sí podría constituirse una fuerza eclesiástica.

Según Lavissee y Rambaud (5) en el año de 1558, los protestantes de "Pré aux Clercs" solían salir por las calles entonando los salmos de Marat en una especie de procesión. La gente se les unía y entre ellos un gran número de burgueses y más tarde el mismo rey de Navarra y el príncipe de Condé. Se corría el rumor de que Dandelot coronel general de infantería y el almirante Coligny se habían declarado en favor de los reformados.

Esta serie de acontecimientos favorables a los hugonotes, les dió valor para que la iglesia de París convocara el primer Sínodo en el año de 1559, concurriendo los delegados de cincuenta iglesias, los cuales en cuatro sesiones lograron ponerse de acuerdo sobre la confesión de fe.

El movimiento reformista en Francia, fué producto de la meditación de la Biblia, hecha por gente humilde, y sin formación mental, que careció de dirigentes, organización y fundamentos teóricos que le marcaran la ruta a seguir.

A la muerte de Enrique II los Guisas habían conseguido tal poder, que eran ellos y no el rey los que de hecho gobernaban, sembrando con su despótica arrogancia y desmedida ambición por el mando, el descontento entre la nobleza y por otra parte, el odio de los protestantes por su cruel intolerancia.

Los inconformes y los reformados habían de buscar una alianza para aniquilar al enemigo común; esta se concertó en Ferté, informando con listas, que los hugonotes en Francia en aptitud de tomar las armas eran numerosos, fuerza que hizo posible formular la empresa denominada "Conjuración de Amboise", que tenía como finalidad apoderarse de la persona del rey, prender a sus ministros y formarles proceso a estos últimos.

La Renaudie encargado de realizar tan importante misión, citó a sus amigos a una junta en Nantes, a la cual concurrieron y reunidos en asamblea los invitó a participar en la obra que se proponía realizar, la cual consistía en acometer a los ministros del rey porque amenazaban la vida del soberano y la libertad de Francia. Todos estuvieron de acuerdo en que los Guisas constituían un peligro para la tranquilidad de su patria y decidieron secundar el plan retirándose cada uno a organizar a sus correligionarios en la provincia que les había sido designada para dar el golpe el 15 de marzo en la ciudad de Blois.

Los Guisas tuvieron una leve sospecha de la rebelión por los datos vagos que recibían del extranjero. Sin preocuparse por investigar la veracidad de tales noticias, resolvieron, sin embargo, tomar algunas medidas, tales como trasladarse a Amboise que facilitaba más la defensa.

El éxito que hugonotes y descontentos esperaban obtener de tal empresa, estaba basado en la forma secreta con que el plan se desarrollaba; pero el exceso de confianza en La Renaudie, hizo fracasar la empresa, ya que le confió a su amigo Avenelles el secreto de la conjura y éste, al percatarse del peligro que corría como encubridor, reveló el secreto al secretario del duque de Guisa, quien envió a Avenelles con cartas a Ambroise para que relatara al duque el estado de la situación. Con estas declaraciones y otras hechas por un segundo delator, los Guisas conocieron los detalles del movimiento que iba dirigido contra ellos, procediendo inmediatamente a dictar las medidas que el caso requería.

Francisco II estaba aterrorizado, en medio de la intriga y la traición de su corte. Su tierna edad le impedía comprender con exactitud los acontecimientos que a su alrededor se sucedían. Dudaba contra quien estaba enderezado el movimiento, si contra él o contra sus tíos. De esta confusión se aprovechó el duque de Guisa para conseguir el nombramiento de teniente general del reino e inmediatamente mandó cuerpos de ca-

ballería para que abatieran a los rebeldes, que de manera aislada se dirigían a Amboise. El mismo La Renaudie sucumbió en este incidente, y su cadáver fué llevado a Amboise donde se le colgó, con la siguiente inscripción: "Jefe de los rebeldes".

El canciller De Olivier consiguió del rey que se publicara un Edicto concediendo la amnistía de los descontentos con tal de que abandonaran en veinticuatro horas las armas. La mayor parte de los rebeldes, contentos con este Edicto, decidieron regresar a sus provincias; pero una facción de los mismos, quiso sorprender a la guardia de Amboise para apoderarse de la ciudad, pero fueron derrotados. Tal fracaso de los rebeldes, trajo como resultado que los Guisa pidieran al rey la revocación del Edicto, el cual quedó derogado. Se ordenó a los gobernadores y jefes militares de provincia que se pusieran en campaña y dieran muerte a todo inconforme que se encontrara armado. La matanza no se hizo esperar, corrió la sangre por las calles y se llenó el Loira de cadáveres, de gentes que no fueron siquiera juzgadas. A esta matanza se le quiso disfrazar con la apariencia jurídica, procesando y mandando al cadalso a los jefes de la rebelión; entre ellos fué condenado a muerte Castelnon, considerado como uno de los más leales y valiosos sostenedores del movimiento quien murió protestando su inocencia y clamando su venganza.

Los Guisa temiendo otra rebelión concedieron nuevamente la amnistía a los rebeldes con tal de que volviesen a la fe católica.

El canciller De Olivier angustiado por tanta crueldad, murió de pena, sucediéndole en su cargo Miguel de l'Hôpital, hombre hábil en política y valeroso en la expresión de sus opiniones, quien fué elevado a tal puesto por la influencia de Catalina de Médicis, la cual pretendía valerse de sus consejos para contrarrestar las humillaciones de que los Guisas la hacían víctima.

Durante el reinado de Francisco II, Catalina de Médicis hacía esfuerzos supremos para mantener la autoridad del poder real, por lo cual usó de la astucia y la traición con tal de conseguir su objeto. Aunque muy a pesar de la Reina Madre, los Guisas se fortalecían y aniquilaban sin piedad a sus enemigos.

Un mensajero del príncipe de Condé fué interceptado cuando llevaba una carta a Motmorency. El mensajero reveló en el tormen-

to el secreto de la comunicación y el príncipe de Condé fué mandado aprehender por el rey en Orleans; juzgado por jueces del parlamento, fué sentenciado a muerte. Afortunadamente la sentencia no se cumplió por el fallecimiento del rey.

Las ideas reformistas habían logrado progresos importantes, sumándose a la causa de la Reforma gran número de simpatizadores enemigos de los Guisa, quienes jamás se reconciliarían con ellos. Todo auguraba la inevitable lucha de los partidos políticos, perfectamente constituídos y delineados en Francia.

La conjuración de Amboise marca el principio de una lucha sangrienta y feroz entre hombres de la misma raza y del mismo suelo, que durante largo tiempo había de sembrar el terror, el hambre y el salvajismo destrozando con furia sanguinaria el corazón de Francia.

CAPÍTULO II

Las Guerras de Religión en Francia.

“LAS GUERRAS DE RELIGION EN FRANCIA”

El calvinismo no había dejado de esparcirse en pueblos y ciudades, entre los burgueses y los nobles. Los hugonotes en donde quiera que eran bastante numerosos para hacerse respetar, practicaban su culto públicamente.

Los católicos intolerantes no podían permitir que los herejes continuaran el ejercicio de su religión, y se mostraban hostiles a ellos en todas las formas. Los perseguían, exterminándolos en el patíbulo, con suplicios que se realizaban en las plazas, ofreciendo al pueblo un espectáculo bajo y cruel. Los católicos pretendían no sin fundamento político devolver a Francia la unidad de la fe.

El corto reinado de Francisco II debido a su prematura muerte hizo que el poder pasara a su hermano mayor Carlos IX, a quien perjudicó la educación que recibió.

La minoría de Carlos IX hizo que su madre Catalina fuera regente y ésta con el afán de gobernar lo entregó a los placeres con el fin de incapacitarlo.

Los cardenales y obispos propusieron a la Reina Madre que arrojara del reino a los predicadores protestantes y que exterminara a los que se resistieran, pero Catalina de Médicis tenía miedo a la guerra civil y aconsejada del canciller de l'Hôpital se negó a los consejos de los preladados.

El canciller de l'Hôpital, viejo y firme magistrado de Auvergne; prudente y un tanto indeciso ha dedicado su vida a París y su horror a las disensiones civiles le dió la idea de dar un carácter legal al culto protestante, bajo ciertas condiciones surgiendo el Edicto de Enero de 1562. El canciller dijo: “Que muchos pueden ser ciudadanos sin ser

cristianos. Un excomulgado no deja de ser ciudadano y puede vivir en paz con los que profesan distinta religión”, como asegura Castilla (6).

Las principales disposiciones del Edicto de Enero consistían en devolver al momento las iglesias o sus propiedades que tenían en su poder, y la prohibición de destruir imágenes y cruces, la pena de muerte a los que provocaron realizar con actos de disturbios o profanación religiosa. Sólo fuera de la ciudad y con previo permiso podían orar y hacer prácticas religiosas, con la protección de la ley debiendo admitir a las autoridades locales en sus reuniones.

Cuando el Edicto se presentó al Parlamento de París, los magistrados contestaron que era contrario a las antiguas disposiciones. Por su parte, los Guisas y los Motmorency protestaron.

El duque de Guisa había ido a Lorena para pedir a los alemanes que no prestaran ayuda a los calvinistas franceses. Al regreso, en marzo de 1562, pasó por una Villa de Vassy en la Champaña. Hacía seis meses que se había formado ahí una iglesia protestante. Los fieles se preparaban para oír un sermón y como eran perseguidos, tomaron las precauciones necesarias cerrando el templo y armándose con piedras. La comitiva que venía con el duque quiso penetrar por asalto donde se efectuaba la prédica y forzando la puerta esta cedió en un momento, dando este incidente origen a la guerra.

Según Ségur (7) Guisa se presentó a separar a los combatientes recibiendo una pedrada en la cara; pero Sternefeld(8) dice que el duque permitió el asalto y que dió orden de que los protestantes que ahí se encontraran fueran degollados. La herida de Guisa hizo que los suyos acometieran con más furor a los calvinistas, sin respetar edad ni sexo pasándolos a cuchillo.

Los hugonotes se indignaron por los hechos; pero Catalina con falsas promesas los apaciguó. El duque entró triunfante a París aclamado por el pueblo, lo que provocó en la reina temor fundado llevándose a Carlos IX a Fontainebleau.

Los protestantes viendo que las matanzas se hacían comunes, Sens, Languedoc como dice Aubry (9). Provenza, Delfinado, Poitou, Orleansado, Normandía, Picardía, Ruan, etc. como asegura Guizot (10), y viéndose amenazados organizan un ejército y toman las armas. El

príncipe de Condé fué colocado al frente de este ejército y su segundo era el almirante Coligny.

Tanto los protestantes como los católicos no contaban con suficientes soldados, teniendo necesidad ambos partidos de apelar a la ayuda extranjera. Los hugonotes pidieron socorro a sus hermanos de Alemania y a la reina Isabel de Inglaterra, quien mandó soldados ingleses, pero con la condición de que los protestantes le dieran el dominio del Havre.

“Es bochornoso tener que decir que este socorro fué comprado por un precio vergonzoso. Los jefes protestantes entregaban el Havre a los ingleses, los cuales conservarían esta plaza hasta que Calais les hubiese sido restituído” como afirma Le Bas (11).

Los católicos al mando de los Guisa, entraron en un vasto plan formado por el rey de España Felipe II, quien les daría su ayuda para destruir Ginebra y la Navarra compuesta de herejes.

Además, el duque de Guisa concibió la idea de atraerse a su enemigo, el poderoso condestable de Motmorency, constituyendo un triunvirato integrado por el propio Guisa, Motmorency y Antonio de Borbón. Aubry (12) pone al mariscal San Andrés en lugar del rey de Navarra, quedando de esta manera unificado el partido católico.

Condé y sus partidarios no quisieron deponer las armas hasta derribar al triunvirato y lograr la vigencia de los Edictos de libertad que les permitieran el ejercicio de su culto en ciertos lugares, pero como ninguno de los dos partidos se quiso considerar vencido sin haber combatido, en julio de 1562 comenzó la primera guerra de religión.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Dreux en las fronteras de Normandía. Los hugonotes tuvieron que aceptar la batalla a pesar de la inferioridad de sus fuerzas, (aunque Guizot (13) dice que estas eran casi iguales). La victoria le correspondió al partido católico aunque con grandes pérdidas. En el combate pereció Saint-André, el rey de Navarra Antonio de Borbón; y el condestable de Motmorency que mandaba a los católicos fué herido y cayó prisionero. En el partido hugonote el príncipe de Condé fué capturado al final de la batalla y también quedó herido; pero tanto Motmorency como Condé sabían que a falta de sus personas quedaban en lugar del primero

el duque de Guisa y del lado de Condé, Coligny que a duras penas se retiró con los restos del ejército hugonote.

Cuando la victoria fué conocida aumentó considerablemente la fuerza política del duque de Guisa, Catalina conociendo que los católicos lo mirarían como jefe, le confirió el título de lugarteniente general del reino. Este aprovechando su victoria no quiso dar tiempo a los protestantes de reparar sus pérdidas y se dirige a poner sitio a Orleans, la plaza fuerte de los protestantes defendida por Coligny, ahora Jefe del partido, pero Guisa es asesinado por un gentilhombre calvinista llamado Juan Poltrot de Méré, que según Castilla (14) se había convertido al protestantismo, pero que Seignobos (15) afirma que Poltrot se adhirió a los católicos haciéndose pasar por desertor (protestante), y oculto en la espesura mató a Guisa; según él matando al enemigo del "pueblo de Dios", dijo no tener cómplices. El pueblo pensó que la muerte de Guisa fué instigada por Coligny, a quien se acusó de ser autor del crimen. De aquí el odio para el almirante Coligny de Enrique de Lorena duque de Guisa, sucesor del difunto Francisco.

Las negociaciones de paz comenzaron con los dos generales prisioneros el príncipe de Conde y el condestable Motmorency y el 19 de marzo de 1563, se formó y publicó el Edicto de Pacificación de Amboise, firmado por Condé y Catalina. Este Edicto sólo aseguraba a los nobles protestantes el ejercicio de su culto, en sus señoríos y en el interior de sus casas con los miembros de su familia. Las concesiones fueron más restringidas para el estado llano: "Se conservaba el culto reformado en las ciudades donde se hubiese practicado hasta el 7 de marzo del año corriente, pero fuera de ellas y de las moradas de los nobles, este culto solo podía celebrarse en los arrabales de una sola población por bailía o senescalía" como dice Guizot (16).

La paz de Amboise desagradó tanto a los protestantes como a los católicos, porque a los primeros se les restringió su libertad y los católicos veían en la tolerancia un crimen contra su religión.

Afirma Le Bas (17) que el almirante Coligny dijo al príncipe de Condé: "Habéis arruinado más iglesias con este golpe de pluma, que no hubieran hecho todas las fuerzas enemigas en diez años. No habéis garantizado más que a la nobleza, la que debía no obstante confesar

que las ciudades le habían dado el ejemplo, y los pobres enseñado el camino a los ricos”.

El fruto de la paz trajo la restauración del Havre que los ingleses ocupaban, tanto los protestantes como los católicos se reunieron por esta vez para lograr recuperar el propio puerto.

El príncipe de Condé que había contribuido a este resultado reclamó como recompensa la lugartenencia general del reino, que estaba vacante por la muerte de su hermano el rey de Navarra, pero Catalina, para eludir la respuesta hizo declarar la mayoría de Carlos IX, aunque este sólo contaba catorce años, así gobernaría en su nombre sin tener la responsabilidad (1564).

Carlos IX con su madre se dedicó a recorrer el reino para lograr su completa pacificación y rehacer las tropas que estaban dispersas.

Catalina visitó a su hija Isabel reina de España casada con Felipe II. Es importante esta entrevista porque el rey español aconseja a la Reina Madre por mediación del duque de Alba, que extermine a todos los jefes hugonotes para lograr la salvación de Francia y si ella no se resuelve, la amenaza con la intervención. El rey y su madre regresaron a París habiendo durado su viaje dos años.

Los hugonotes estaban inquietos desde la conferencia de Bayona, advirtiéndole que ella era la unión del rey de España con Francia para aniquilar al protestantismo. Esto lo comprobaron por su conducta en los Países Bajos y en octubre de 1565 se suprimió en absoluto la tolerancia religiosa.

Los hugonotes, como en la primera guerra, querían hacer el intento de apoderarse de la persona del rey para gobernar en su nombre y cubrirse ante los ojos del pueblo con la legalidad; pero no consiguiéndolo, sólo lograron inspirar en el ánimo del joven rey odio y resentimiento para el partido protestante.

Después de cuatro años de una paz insegura, en septiembre de 1567 estalló la segunda guerra en Saint-Denis que con interrupciones fué de corta duración.

El ejército católico estaba al mando del anciano condestable de Motmorency que contaba con una infantería lujosamente vestida, pero que jamás había visto el fuego. En un principio la victoria estaba del lado protestante porque Motmorency fué herido y muerto, que-

dando su ejército desorganizado. No obstante Francisco de Motmorency su hijo mayor se puso al frente y obligó a Condé a retroceder, haciendo prisionero a Coligny. La falta de jefes de ambos partidos hizo que se retiraran simultáneamente.

A pesar de la victoria de los católicos, los protestantes vieron que había aumentado su influencia considerablemente.

Para continuar la guerra, Condé y Coligny avanzaron por la Champaña y entraron en Lorena donde debían reunirse con sus aliados alemanes mandados por Juan Casimiro. Estos soldados mercenarios pidieron su paga por adelantado. Condé que jamás había remunerado a sus correligionarios los exhortó para que prestaran su ayuda y con entusiasmo generoso entregaron a Condé, vajillas, alhajas y dinero. Los jefes protestantes se dirigieron a poner sitio a Chartres para tener recursos pecuniarios.

Mientras tanto el rey mandó pedir reitres al duque de Sajonia y éste con el deseo de combatir a su cuñado Juan Casimiro, entró con su ejército a la Champaña, pero antes de llegar, se habían iniciado las negociaciones de paz.

La presencia de tanto extranjero en Francia inquietó a ambos partidos por lo que los hugonotes viendo que satisfacían en mucho sus condiciones firmaron la paz en Longjumeau (23 de marzo de 1567) que ponía en vigor el Edicto de Amboise y anulaba sus restricciones.

Los protestantes levantaron el sitio de Chartres, devolvieron las plazas que habían ocupado y despidieron a Juan Casimiro con sus tropas alemanas siendo sus sueldos atrasados satisfechos por el rey.

No duró mucho la paz, al presentarse nuevas causas para reanudar la guerra. El rey exigía a los hugonotes la retribución del dinero que había pagado a los alemanes y aquellos a la vez se quejaban del incumplimiento del Tratado de Longjumeau. Sin embargo, el orden se mantuvo debido a los esfuerzos y decisiones valerosas del Canciller de L'Hôpital, cuya política de tolerancia chocaba a la Reina Madre, quien buscó la manera de deshacerse de él, dando motivo a que abandonara la corte y desilusionado se retirara de la vida pública, no quedando al frente del gobierno una persona con sus cualidades que calmara inteligentemente las pasiones de ambos bandos y así éstas se desataron iniciándose la tercera guerra de religión. Tomaron las ar-

mas ambos partidos, pero tuvieron que retroceder sin comenzar la batalla debido a las inclemencias del invierno que asolaba a los ejércitos produciendo enfermedades. La campaña se reanudó hasta marzo de 1569.

El ejército real iba al mando del hijo predilecto de Catalina, Enrique de Anjou, ayudado por Guisa y Tavannes. El ejército protestante a las órdenes de Condé y Coligny.

Ambos ejércitos se hallaban a las márgenes del río Charenta, los protestantes querían retardar el combate para dar tiempo a que los refuerzos de Alemania llegaran, pero los católicos forzaron el paso haciéndose inevitable la batalla, la que tuvo lugar en Jarnac. En el desarrollo de la misma, Condé tomó el mando de la caballería que defendía el ala izquierda del ejército protestante, pero una carga de los reitres la sorprendió derrotándola, cayendo prisionero Condé quien estando herido fué asesinado por Montesquieu. Esta derrota decidió el triunfo de la batalla en favor de los católicos, en la cual hizo gala de un valor sorprendente y dió con su ejemplo ánimo a sus soldados el duque de Anjou, aunque después del combate se dedicó a la indolencia que le era habitual y los esfuerzos de Tavannes sólo lograron la toma de algunas plazas.

Cuando llegó a la Rochela la noticia de la muerte de Condé, Juana de Albret reina de Navarra, no titubeó en llevar al frente del ejército protestante a su hijo Enrique de Borbón y al hijo del difunto príncipe de Condé. Enrique de Navarra adelantándose y dirigiéndose al ejército dijo: "juro defender la religión y perseverar en la causa común hasta que la muerte o la victoria nos dé a todos la libertad que deseamos", como afirma Castilla (18).

Otra vez se emprende la guerra con la batalla de la Roche-Abeille donde los protestantes llevaron la mejor parte, pero en la de Moncontour que fué decisiva, Coligny fué herido y tuvo que abandonar el campo de batalla, su ejército se dispersó quedando a merced de la furia de los suizos que cometieron implacables asesinatos. Tanto la batalla de Jarnac como la de Moncontour le habían dado gloria a Enrique de Anjou que procedió a sitiar a San Juan de Angely, plaza que tuvo que capitular después de una brillante defensa.

Mientras tanto, Coligny había reunido nuevas fuerzas de las que se encontraban dispersas en las provincias y formó un temible ejército. Su intención era acercarse a París, pero enviados del rey entablaron negociaciones dando por resultado el 8 de agosto de 1570 la paz de *Saint-Germain en Laye*, logrando los protestantes condiciones más favorables que las anteriores como el libre ejercicio de su culto, admisión en los empleos y cuatro plazas de seguridad por dos años, que eran las de la Rochela, Cognac, Montauban y La Charité.

Los católicos al tener noticia de esta paz se estremecieron tildándola de humillante, por darles a los protestantes tantas concesiones después que ellos habían resultado victoriosos en las batallas de Jarnac y Moncontour.

Por esta época comienza Carlos IX a interesarse por los problemas del reino, cosa que no le agrada a la Reina Madre acostumbrada a influir en las decisiones del joven rey que es un degenerado, violento y ya dedicado a los placeres. Tanto Catalina como su hijo ven la necesidad inmediata de restablecer la unidad interior de Francia para evitar la intervención extranjera, creyendo realizarla mediante la conciliación de los dos partidos, la cual se llevaría a cabo por la unión en matrimonio de su hermana Margarita de Valois, frívola y ligera, con Enrique de Borbón, rey de Navarra e hijo de Juana de Albret. El Papa se opuso a este matrimonio por considerarlo contrario a la pureza de la religión católica. No obstante el enlace se concertó el 18 de agosto de 1572.

El rey escribía a Juana de Albret que la unión de su hermana Margarita con Enrique era la mejor garantía que se podía otorgar a los protestantes para cumplir las promesas que se les habían hecho. Tales aseveraciones llevaban en sí mismas el propósito de la falsedad, defecto que acompañó en su reinado a Carlos IX. La entereza y sinceridad de convicciones de Juana de Albret le atrajeron el temor de la Reina Madre, quien se creó buscó con insistencia la manera de eliminarla, logrando al fin su objeto el 9 de junio, en que murió la reina de Navarra envenenada con unos guantes que le envió Catalina.

Después de la paz de Longjumeau los principales jefes protestantes no acudieron a la corte. Tampoco se fueron a sus provincias co-

mo lo habían prometido, sino que se retiraron a la Rochela donde se hallaban seguros. Sin embargo, las próximas bodas entre Enrique y Margarita, el príncipe de Condé y María de Cleves, así como el proyecto que Coligny y Luis de Nassau de llevar a los calvinistas franceses a una expedición a los Países Bajos en contra de España, obligó a sus jefes a trasladarse a París y aprovechar su estancia para convencer al rey de sus proyectos, que consistían en librar los Países Bajos de la opresión española que los agobiaba con impuestos que arruinaban la economía de los mismos, así como librarlos del control inquisitorial que el gobierno de España ejercía sobre ellos. En esta empresa se enviaría contra los españoles de los Países Bajos, los hombres más valerosos y turbulentos que habían fomentado las disensiones internas, librando al reino de la guerra.

Flandes y el Artois que antiguamente pertenecían a la Corona Francesa, se le reintegrarían, así como el Brabante, Güeldres y Luxemburgo. Zelandia se le daría a Inglaterra por la ayuda que había prometido a Holanda, donde España tenía tal influencia que era una amenaza constante para Francia. Los demás Países Bajos y la propia Holanda entrarían al proyecto para facilitar su realización, poniéndose en contacto con los príncipes alemanes para lograr su apoyo militar. Carlos IX impresionado, supuso que tal designio lo llenaría de gloria, por lo que estuvo de acuerdo en la iniciativa.

Se celebró un tratado entre Francia e Inglaterra de ayuda mutua en caso de invasión y confiado Carlos IX en el éxito de la empresa permitió la salida de la expedición de los Países Bajos, la cual comenzó con favorables augurios para los franceses que al mando de Luis de Nassau tomaron el 23 de mayo la ciudad de Mouns, y más tarde, cayó en manos de La Noue la importante ciudadela de Valenciennés. La Noue estaba ocupado en consumar su obra cuando recibió un mensaje de Nassau que lo llamaba con urgencia, abandonando Valenciennes que fué reconquistada por el duque de Alba, quien se trasladó inmediatamente a Mouns sitiándola. Coligny reclutó rápidamente un ejército que envió para socorrer a los sitiados al mando de Genglis.

Carlos, con la perfidia que lo caracterizara, mantuvo al duque de Alba al tanto de los movimientos del ejército que marchaba a atacarlo por lo que tomó las precauciones que el caso requería sorpren-

diendo y destrozando al ejército de Genghis a dos leguas de Mouns y entonces cae prisionero el mismo Genghis. Esta derrota quebrantó el éxito que se pensaba obtener en los Países Bajos, desechando la idea de intentar por el momento otra nueva expedición.

La Reina Madre amaba el poder y estaba dispuesta a sostenerse en él, no cejando en los medios ni en las consecuencias que tales medidas pudieran acarrearle. La notoria influencia que el almirante de Coligny ejercía en el ánimo del rey, dirigiendo su conducta y decisiones con menoscabo de la autoridad ejercida por Catalina en Carlos, trajo como resultado su indignación y su rencor hacia el almirante porque temía y detestaba además, la influencia calvinista en el poder.

Se unió a los Guisa, enemigos irreconciliables de Coligny, a quien culpaban del asesinato de su padre, para deliberar acerca de los medios que les permitieran separar del lado del rey a sus enemigos comunes. Su primer paso consistió en que los príncipes de Lorena se retirarían de la corte indignados por la presencia del asesino del duque de Guisa. Catalina habló al rey con la ternura ingenua y acariciadora que le era habitual para conmoverlo, lo amedrentó con las calamidades y sediciones en que el reino se sumiría por la influencia calvinista, lo abatió de tal modo, que el rey impotente para contradecir su consejo, se dejó persuadir una vez más a causa de su carácter irresoluto y timorato.

Los príncipes de Lorena regresaron a la corte llamados por Catalina haciendo su entrada triunfal para asistir a las bodas que habían sido retardadas por la muerte de Juana de Albret, pero al fin se celebraron el 18 de agosto de 1572.

A los pocos días del matrimonio de Enrique de Navarra con Margarita de Valois, que sellaría la paz y confirmaría el tratado de Longjumeau, el almirante Coligny recibió un arcabuzazo que partió de una ventana del Louvre haciéndole una gran herida en el brazo izquierdo y llevándose el índice de la mano derecha. Quienes lo acompañaban se apresuraron a aprehender al asesino, pero no lograron su objeto.

El rey al tener noticia de este atentado que le causó mucho disgusto, se dirigió a visitar al Almirante inmediatamente en compañía de su madre y del duque de Anjou. Cuando estuvieron en su presencia, asegura Guizot (19) que Carlos IX dirigiéndose a él le dijo: "Pa-

dre mío, la herida es para vos, pero el dolor y el ultraje son para mí; mas tal venganza he de tomar, que quedara de ella perpetuo recuerdo”.

El almirante hablándole en el oído al rey lo puso en guardia contra Catalina y el duque de Anjou, los que temerosos sintieron la amenaza de que se cambiaran sus asuntos.

El rey al llegar al palacio todavía indignado le dijo a su madre que sospechaba del duque de Guisa como autor del atentado y que lo prendería. La Reina Madre no teniendo otra resolución, se vió en la necesidad de confesar que en la conjuración contra el Almirante no entraban solamente los Guisas, sino también el duque de Anjou y ella y que el único camino que quedaba era unirse a los católicos para exterminar a los calvinistas porque éstos ya habían jurado vengarse amenazando no sólo a ellos, sino también a la familia real.

Carlos IX obligado por las circunstancias y anonadado, después de mucho resistirse, cayó en un acceso de debilidad y cólera, concediendo no sólo la cabeza del Almirante, sino también la de todos los calvinistas, según Segur (20) “Para que ninguno de ellos, añadió, pueda echarme en cara la muerte de su caudillo”. Todo estaba preparado, la gente ya distribuída en los barrios de la ciudad sólo se esperaba la señal, la que Catalina dió presurosa unas horas antes, temerosa de que el rey se retractara. Se tocaron las campanas al rayar el alba del 24 de agosto de 1572, día de San Bartolomé y comenzaron las bodas rojas.

Comprendió Coligny lo que ocurría y rogó a sus acompañantes que se salvaran. Guisa rodeó su casa seguido de sus secuaces que forzaron la puerta de la cámara del Almirante y éste que con el ruido se había levantado; previendo la muerte leía una oración. Al irrumpir los esbirros del duque, los miró serenamente diciéndole a un alemán llamado Behme: “Joven, tú vienes contra un herido y un viejo... Pega inmediatamente” como asegura Aubry (21). Este asestó con un pico un golpe en el vientre de Coligny arrojándolo después a sus acompañantes, quienes terminaron con la vida heroica y abnegada del jefe hugonote. Su cabeza cortada por un italiano, fué llevada a la familia real para comprobar la obra macabra realizada. El cuerpo arrojado a una turbulenta y fanática muchedumbre fué mutilado.

Con su muerte dió principio una de las matanzas más inhumanas y crueles que registra la historia de Francia. Hombres indefensos fue-

ron acribillados a puñaladas por chusmas irresponsables, cuya inconsciencia exacerbada hasta la locura era ciega a los más elementales principios de piedad. No respetaban en sus lechos a los agonizantes ni a los enfermos, ni a las mujeres, o los ancianos desfallecidos por el peso de los años, ni a los niños horrorizados por la espantosa carnicería. Las casas de los hugonotes fueron quemadas, incinerando sin piedad a sus moradores. Francia daba el espectáculo de una orgía demoníaca, en la que se habían desencadenado los primitivos instintos. Los gritos y lamentos de angustia saturaban de dolor las sombras de la noche.

Los odios y las pasiones se desbordaron en frenética sed de venganza. Las calles de París estaban inundadas con la sangre de las víctimas inocentes. Hombres heridos corrían con el horror pintado en el semblante hasta la cámara de la reina Margarita para implorar su protección, no logrando ésta substraerlos de la encarnizada persecución de sus enemigos, quienes les daban muerte a los pies de la propia reina, salpicando de sangre su vestido.

Intereses bajos y mezquinos impulsaron a los hombres a matar a gentes de su mismo partido por viejas rencillas, con el fin de apoderarse de lo que les pertenecía o por ser un obstáculo para conseguir ciertos propósitos.

El Sena arrastraba los cadáveres de los hugonotes, envenenando las aguas por su descomposición. Muchos trataban de cruzarlo buscando salvarse, pero eran alcanzados por las municiones de los arcabuses, y ya heridos morían en el fondo del río.

Carlos y Catalina desde la ventana de la cámara real veían con mórbido horror la massacre. Se creó que el rey embriagado de histerismo tomó una escopeta y disparó sobre los perseguidos. De esta carnicería se salvaron Enrique de Navarra y Condé a quienes el rey con el puñal en la mano amenazaba con la muerte, si no se convertían a la religión católica. Enrique pedía un plazo para resolver; Condé sereno y altivo prefería la muerte a la conversión, pero habiendo cedido, el rey respetó sus vidas.

Esta matanza sin precedente única por su crueldad y salvajismo que empañó con negros manchones la historia de Francia, no sólo se circunscribió a la ciudad de París, sino que al mismo tiempo la orden

del rey era cumplida en diversas provincias, aunque muchas de ellas fueron famosas por su espíritu humanitario y de respeto a la vida de hombres pacíficos. Sus comarcas en las que los jefes reales dieron muestra de ser verdaderos católicos fueron: Picardía, Languedoc, Borgoña, Provenza y Nantes que se negaron a ejecutar la orden por considerarla deshonrosa e injusta.

El fatídico mandato de muerte había sido dado a una banda de esbirros para ejecutarla en persona tan humana y justa como era el canciller De L'Hôpital que ajeno a la horrible pesadilla que vivía París se hallaba desilusionado en su retiro de Vignay. Arrepentido el rey daba una contraorden mandando a gentileshombres a salvarle de la muerte que poco antes había ordenado. Al recibir esta noticia, afirma Guizot (22) que el canciller contestó sorprendido: "Ignoraba que hubiera merecido la muerte y el perdón"

Unas semanas más tarde este buen servidor de Francia sucumbía de pena y dolor. Carlos IX hubiera querido dejar recaer la responsabilidad de la San Bartolomé en los Guisa únicamente, pero temeroso de engrandecerlos prefirió ir al Parlamento a declarar que la matanza había sido ordenada por él.

Las felicitaciones del Papa Pío V y del rey de España Felipe II no se dejaron esperar adormeciendo con esto el pesar y el arrepentimiento que ya se notaba en el rey que apenas comía. Carlos IX temía el envenenamiento hasta de su propia madre que unida al de Anjou, no titubearía en exterminarlo para heredar más pronto a su hijo consentido. El odiaba por eso a su heredero y hermano, el duque de Anjou, al que había visto siempre, no sin razón como su rival, pero que al fin lo tendría lejos por haber aceptado el trono de Polonia que estaba vacante por el fin de los Jagelones.

El rey, ahora quería justificarse de la matanza escribiendo a sus agentes del interior y del exterior, que su proceder se debió al deseo único de impedir la ejecución de una conjura en la que se quería atentar contra su vida, la de su madre y hermanos, (Guizot (23) dice que varios autores aseguran que las felicitaciones que recibió Carlos IX fueron no por la San Bartolomé, sino porque se salvaron él y su familia del atentado).

El rey trataba de pacificar a Francia castigando a los que prolongaran las matanzas y los desórdenes, haciendo promesas de libertad y seguridad para los protestantes, pero el resentimiento de éstos habían hecho que los habitantes de la Rochela volvieran a tomar las armas, y en noviembre de 1572 estalló la cuarta guerra de religión, siendo el único acontecimiento importante de esta jornada el sitio de la Rochela.

A Carlos IX le asustaba saber la energía apasionada que demostrarían los habitantes de la Rochela y los socorros que evidentemente mandaría la Reina Isabel, a la que Inglaterra no hubiera perdonado que se mostrase indiferente en esta ocasión.

Carlos hizo llamar al jefe protestante La Noue que había sido hecho prisionero y trató con él de disculparse de la matanza de San Bartolomé, rogándole fuera a pacificar a sus correligionarios de la Rochela para evitar más muertes y ofrecer proposiciones.

La Noue al entrevistar a sus partidarios notó la desconfianza que inspiraba por llevar el recado del rey, exponiéndose a constantes insultos por pensar que los traicionaba haciéndoles concebir vanas esperanzas. Para borrar esta impresión, los protestantes lo invitaron para que les ayudara a defender la Rochela. La Noue aceptó, pero quiso tener el permiso del rey, diciendo que lo que hacía, contribuía a mantener la paz. Carlos IX consintió en esta extravagante transacción, con la condición de que La Noue renunciaría al mando de la Rochela en cuanto se lo ordenara.

La Noue puso al servicio de sus correligionarios, su valor, vigilancia y energía, hubo seguridad en la ciudad y perfeccionó sus fortificaciones. La Rochela estuvo en estado de defensa cuando el duque de Anjou, nombrado lugar-teniente del reino, al frente del ejército real fué a sitiarla. El sitio duró desde el 26 de febrero al 13 de junio de 1573. La Noue se ponía a la cabeza de todas las salidas y se esforzaba en retener la paz; pero reconociendo la imposibilidad de su doble misión, salió de la plaza sin que el rey y los rocheleses tuvieran derecho a quejarse de su conducta. Se dieron seis asaltos a la plaza, al final las tropas de Guisa retrocedieron, salvándose la plaza.

El rey deseoso de que el duque de Anjou saliera cuanto antes

de Francia a tomar posesión del trono de Polonia, ofreció a los rocheleses no una capitulación, sino la paz de la Rochela que se firmó el 6 de julio de 1573 reconociendo la libertad de creencias y el ejercicio del culto hugonote en tres plazas de seguridad: La Rochela, Montauban y Nimes, que quedaron exentas de tener guarnición real.

Enrique de Anjou partió a su nuevo reino cuando Carlos ya estaba acometido de la enfermedad que lo llevó a la muerte. Minado por la tuberculosis y embargado de melancolía, atormentado por el recuerdo de la San Bartolomé, en sus últimos días se ve acosado por su hermano el duque de Alençon que le exigía la lugartenencia general del reino que había obtenido su hermano el duque de Anjou.

Por fin Carlos IX muere el 30 de mayo de 1574, de veintitres años, después de un reinado de trece años y medio; confiriendo la regencia a su madre Catalina, hasta la vuelta de su hermano, el rey de Polonia.

CAPITULO III.

Enrique de Navarra y las Guerras de Religión.

ENRIQUE DE NAVARRA Y LAS GUERRAS DE RELIGION

Enrique de Anjou, que hacía cuatro meses ocupaba el trono de Polonia, al saber la muerte de su hermano Carlos, con la cual se convertía en rey de Francia, presuroso por el temor a los Guisas que gozaban de gran popularidad en el pueblo, salió huyendo de Polonia sin haber abdicado previamente. Como algunos polacos sospecharan su fuga causando gran alarma, en Cracovia, nobles y campesinos armados salieron a perseguir a su soberano no logrando su objeto, ya que éste, con la ventaja que había logrado, se encontraba a salvo. Como no regresara Enrique en el término fijado por la Dieta, se declaró vacante el trono. Como asegura Guizot (24) (al referirse a la obra de Carlos Forster denominada Historia de Polonia).

Enrique III ya sin prisa, atravesó parte de Alemania y empleó dos meses en cruzar el norte de Italia no poniendo atención más que a su tocador y todo género de diversiones que le absorbían todo el tiempo.

Al llegar a Francia en 1574 el pueblo no manifestó gran alegría augurando un mal reinado. Además, las guerras civiles continuaban, no disponiendo de la posibilidad de concluir las. La conducta que siguió Enrique III hizo que la nobleza de Francia se alejara de él y en breve tiempo no fué un secreto para sus vasallos la depravación de su soberano. Además, nadie desconocía que era uno de los principales autores de la matanza de San Bartolomé que había traído la anarquía al país, ya que los protestantes vencidos pero no destruídos, formaban grupos en las provincias.

Dice Le Bas (25) que "Católicos y protestantes todos despreciaban igualmente a este príncipe que sacrificaba quizá hasta sus convicciones religiosas a sus placeres".

El partido católico también se dividió porque muchos de los que

lo formaban no aceptaron la San Bartolomé y sus consecuencias. El descontento de éstos hizo que se formara un tercer partido o partido del centro, llamado de los "Políticos" a cuya cabeza se hallaba Motmoureny. Estos pedían: la protección para las iglesias reformadas; la libertad de Enrique de Navarra y del duque de Alençon detenidos desde la San Bartolomé juntos con el príncipe de Condé y constituir un consejo compuesto por ambas religiones.

La quinta guerra comenzó por el sitio de algunas plazas y el saqueo de los campos en 1575, un año después del advenimiento de Enrique III. El duque de Alençon, hermano menor del rey, que desde la coronación de su hermano había tomado el nombre de duque de Anjou, se escapó de París y se puso a la cabeza de gran número de descontentos, católicos y reformados, reunidos a su alrededor por el disgusto que causaba el gobierno del nuevo rey.

Alençon explicó su rebelión diciendo que le impulsaba los altos impuestos que imponía su hermano y la dilapidación que se hacía del tesoro real.

Enrique de Navarra resolvió seguir el ejemplo de Alençon y con d' Aubigné salió de París el 3 de febrero de 1576. En el camino se unieron a Alençon con un ejército que seguía a Navarra. Enrique viéndose libre, se dirigió al Bearne donde adjuró la religión que le había sido impuesta y se puso al frente de su partido.

Enrique III no desconocía que el príncipe de Condé quería penetrar en Francia al frente de un ejército alemán y amenazó severamente a los que se alistasen en las banderas del duque de Alençon, Damville o de Condé.

La guerra fué conducida con gran negligencia. El único hecho preponderante fué la derrota de los aliados alemanes en Dormans Champaña por el duque de Guisa. En esta batalla recibió el duque una herida en la mejilla que le debió el apodo de "Baláfré" (el acuchillado). El revés de los alemanes se debió a que la mayor parte del ejército protestante no había tomado parte en este combate porque Alençon estaba en el Poitou y el ejército de Damville en el Langüedoque. La intención de los hugonotes no era lograr la paz, porque contaban con la victoria, pero Catalina de Médicis fiel a su aña política, trató de persuadirlos diciéndoles que les concedería sin combatir condiciones tan generosas como las que pudiesen lograr con las más brillantes victorias y así fué

como logró hacer firmar la Paz de Monsieur y el Edicto de Beaulieu (1576) por el cual se concedían a los protestantes ventajas que no habían obtenido nunca, tales como: "El libre ejercicio de la religión calvinista en todo el reino, menos en París y en dos leguas a la redonda; admisión de los hugonotes en todos los empleos públicos; representación igual a la de los católicos en los parlamentos; dos plazas fuertes guarnecidas por ellos; derecho de abrir escuelas y convocar sínodos, como afirma Castilla (26). André Ribard (27) dice que "Se les concedieron ocho plazas de seguridad, siendo las más importantes La Charité y Perona"

Le Bas (28) afirma que: "Fueron anuladas todas las sentencias pronunciadas contra ellos. Todas las víctimas ilustres de su partido quedaban rehabilitadas. Los hijos de los que habían muerto en la San Bartolomé, estaban exentos de todo impuesto por seis años; por último, se obligaba al rey a convocar para el 15 de noviembre los Estados Generales en Blois, a fin de asegurar el mantenimiento de la paz pública". Así es como por debilidad firmó Enrique III las propuestas de Catalina a los hugonotes.

El Edicto de Beaulieu disgustaba en grado sumo a los católicos por conceder demasiadas garantías a los hugonotes, lo que les hacía pensar en la inclinación del rey hacia el partido protestante. Creyéndose ellos abandonados, trataron de impedir que se aplicara formando la "Unión Católica" o "Liga Santa", que el duque de Guisa se encargó de organizar con el pretexto de defender la religión católica y equilibrar la influencia de los políticos y reformados. Los miembros de aquella asociación se llamaron Ligueros, quienes juraron sacrificar sus bienes y sus vidas por el catolicismo. ("Se cree que la idea primitiva de esta Liga se debió al Cardenal Carlos de Lorena") como dice Eduardo Ibarra y Rodríguez (29).

En diciembre de 1576 se reunieron los Estados Generales en Blois. El clero, la nobleza y el estado llano sostuvieron la unidad religiosa en Francia, pidiendo al rey la expatriación de los protestantes, pero cuando el monarca pidió dinero para realizar esa política todos se negaron. Entre tanto al saber los calvinistas lo que se pensaba hacer con ellos, se prepararon para la sexta guerra, que en realidad ya había comenzado con la toma de Pont-Sain-Esprit.

El rey se decidió a la lucha con los protestantes, pero siguiendo al mismo tiempo negociaciones de paz. Puede decirse que en 1577 co-

menzó esta guerra con Mayena al lado del ejército realista quien se apoderó de las plazas cercanas a la Rochela, defendida ésta por Condé y que más tarde también fué tomada, siguiendo la misma suerte la ciudad de la Charité. Por último, los habitantes de Issoire fueron pasados a cuchillo al ser ésta tomada por asalto.

Damville y los descontentos hicieron la paz con la corte, viéndose obligados Condé y Navarra a hacer lo mismo. El fruto de esta guerra fué el Edicto de Poitiers, al que Enrique III le llamó "mi edicto" que fué firmado en Bergerac el 17 de septiembre de 1577, el cual aunque no concedía todas las libertades que los hugonotes hubiesen deseado, aseguraba sin embargo un modus vivendi aceptable, por el cual se consiguió mantener la paz. Con este Edicto se concedió a los hugonotes el ejercicio de su culto con menos restricciones. Así, podían tener un templo en la capital de cada bailiaje y de cada jurisdicción real, excepto en París. Restituyóseles el derecho de obtener empleos y dignidades, y el de que en cada Parlamento hubiera jueces nombrados expresamente para ellos y se les dieron nueve plazas de seguridad, antecedentes todos del Edicto de Nantes.

Los católicos no estaban de acuerdo con el Edicto de Poitiers y deseaban renovar la guerra. La Reina Madre acababa de concluir en Nerac un nuevo tratado con el rey de Navarra para explicar algunas dudas ocurridas sobre los de Poitiers y Bergerac.

Refiriéndonos al último tratado, diremos que se aumentó hasta catorce el número de plazas de seguridad para los protestantes; pero el rey de Navarra receloso de Catalina de Médicis, pretextando el incumplimiento de lo acordado en Nerac, comenzó la séptima guerra llamada de los enamorados en 1580 por la toma de Cahors. Navarra para conquistar esta plaza peleó durante cinco días y cinco noches, casi sin descanso. Condé abandonó su gobierno de Picardía para ponerse al frente de los calvinistas. Enrique III aunque mandó ejércitos a combatirlos, no quería aniquilar a Navarra porque temía a los Guisa y lo que deseaba era la paz, en la cual fué mediador el duque de Anjou, con la condición de que su hermano el rey le concediera socorros para su expedición a Flandes. Consintiendo Enrique III, no tardó en concluirse la paz de Fleix, (1581) sobre las bases del Tratado de Nerac, añadiéndose algunos artículos de poca importancia a favor de los protestantes.

Debe recordarse que de 1576 a 1581 se celebraron cuatro tratados

de paz: el de Monsieur, el de Bergerac o de Poitiers, el de Nerac, y el de Fleix en Périgord.

El partido de los Guisa a medida que el tiempo pesaba fortalecía sus filas. El clero católico inclinó su influencia hacia éste poniéndolo en contacto con el rey de España y las cortes de Roma, intensificándose estas relaciones con Felipe II por el interés que éste tenía de mantener disturbios en Francia con lo cual impediría que se mandaran tropas al duque de Anjou, proclamado duque de Brabante y conde de Flandes.

Los Guisa en complicidad con soberanos extranjeros conspiraban contra el rey de Francia, lo cual se comprobó por la confesión hecha por Salcedo, enviado del duque de Guisa para ganar la confianza del duque de Anjou y en el momento oportuno capturarlo. En su declaración Salcedo dijo que el rey de España, el duque de Saboya y la corte de Roma iban a enviar tropas a Francia para engrosar las filas de la Liga, atravesando los Alpes y los Pirineos. El duque de Anjou dió a Enrique III la noticia de la conspiración, pero los placeres de que estaba rodeado le impedían dedicarse a los asuntos serios de su reino y sin preocuparse de la información la hechó al olvido. Tuvo el duque que enviarle al mismo Salcedo para que confesara ante el rey, pero ni siquiera esta prueba evidente hizo que el soberano la tomara en consideración y tomara las medidas requeridas en el caso.

Felipe II seguía contra Francia una política de represión, pues Catalina favorecía abiertamente las pretensiones del duque de Anjou en Flandes y ponía obstáculos a la política española en la dominación de Portugal. Enrique III, con el objeto de atraerse a los católicos, organizaba procesiones a las que asistían los príncipes y ministros, con hábito de penitentes y periódicamente dispone retiros espirituales en conventos. Un doble objeto abrigaba su conducta, rodearse de esplendor y pompa de la que siempre hacía gala y demostrar al pueblo que era un devoto creyente de la fe católica. Todo esto le acarreó la burla de los cleros de las confesiones en pugna en el concepto de que sacerdotes católicos son inducidos por el duque de Guisa para satirizar desde el púlpito al rey de Francia. Esto sucedía sin que el rey suprimiera con su autoridad tales burlas a su persona. Para sufragar los gastos de su descomunal capricho, imponía una serie de impuestos que gravitaban sobre el pueblo humilde y las clases laboriosas, atrayéndose el rencor e indignación de sus súbditos.

El duque de Anjou queriendo ser el verdadero jefe en Flandes, pretendió sacudirse la tutela del príncipe de Orange, acometiendo de improviso a algunas plazas fuertes, pero en Amberes fué rechazado y tuvo que retirarse. Este error y la mala dirección de la empresa le hizo perder la confianza de los flamencos sin poder recobrarla. Su fracaso determinó su retiro a Chateauthierry para recuperar el ánimo perdido.

El dolor de su imprudencia o quizá el veneno, en unos meses acabaron con la vida de Francisco de Valois, último varón de su dinastía, muriendo a los treinta años (1584) no causando su fallecimiento ninguna conmoción en la corte, a no ser porque dejaba el trono sin sucesión, convirtiendo a Enrique de Navarra en legítimo heredero del trono, enemigo personal del duque de Guisa jefe de la poderosa Liga Católica de Francia, que había de imponer toda su influencia y poderío en contra del derecho legítimo que asistía a Enrique de Navarra a este propósito. Un convenio secreto firmado en Joinville el 31 de diciembre de 1584, entre Felipe II y los Guisa, obligaban al primero a contribuir con dinero y fuerza para aniquilar al gran Bearnés; estipulando que a la muerte de Enrique III, le sucedería en el trono el Cardenal de Borbón, tío del futuro Enrique IV, quien por su avanzada edad (64 años), sólo serviría de escalón para los fines que se habían trazado los Guisa. Los planes de Felipe II no distaban mucho de los de Guisa, puesto que se lisonjaba en substituir al cardenal con un príncipe de su casa.

Al cardenal se le concedería la corona mediante el compromiso de no heredar a su sobrino, aprovechando que en ese tiempo causaba espanto la idea de un rey protestante. Además, se prohibiría el culto de los heréticos en Francia. El cardenal se tituló primer príncipe de la sangre y se concedió al duque de Guisa el título de primer lugarteniente general de la Liga.

La ambición de los Guisa, la Liga mal reprimida por Enrique III, trajo por consiguiente la octava guerra civil, que había tenido principio desde la muerte del duque de Anjou. Habiendo adquirido la Liga gran preponderancia, Enrique III no pudo oponerse a ella por considerarla como la del partido más nacional, y además, reconocía cuán peligrosa era una asociación así dirigida por Guisa, por lo que procuró utilizarla en su propio provecho, declarándose jefe de la misma

con gran descontento de su caudillo y de los católicos fanáticos. Dicha organización estaba menguando el poder de la autoridad real. Sólo se buscaba un pretexto para levantar tropas contra su propio rey, y éste fué el de no querer aceptar a un protestante para ocupar el trono de Francia en caso de la extinción de la casa de Valois.

El gabinete de Madrid, que quería impedir los socorros de Enrique III a los protestantes flamencos rebelados, obligó a Guisa a que diera principio a los movimientos, teniendo que obedecer, porque España pagaba un subsidio cuantioso y tenía dispuestas tropas para auxiliarlos en caso necesario. Cuerpos suizos y alemanes alistados y pagados por la Liga, llegaron a las fronteras; muchas ciudades se sometieron a ella, otras abrían sus puertas a las tropas del duque de Saboya aliado de los Guisa. Los extranjeros ocuparon varias plazas en el interior del reino, como Bourges, Orleans y Angers.

El centro de la rebelión estaba en París, oculto al principio, pero no tanto que Enrique III no pudiera darse cuenta de los movimientos de los facciosos, máxime cuando veía reunir armas y ejercitarse el pueblo en el manejo de éllas. Sin embargo su negligencia habitual y su despreocupación, hicieron no tomar las precauciones necesarias, conformándose con reunir una guardia de cuarenta y cinco hombres para resguardar su persona.

El rey de Francia creyéndose perdido porque el duque de Guisa se dirigía sobre París, no prestó oídos a sus mejores consejeros que le decían que oponiendo el partido de la Liga con el del rey de Navarra reprimiría a los sediciosos, pero temeroso de irritar en su contra a los católicos, optó por el peor camino, que fué el de complacer a sus vasallos rebeldes que estaban con las armas en la mano, y por no tener en su contra a Felipe II no quiso aceptar la soberanía de los estados de Flandes que le ofrecieron los rebeldes de aquel país, mas nada consiguió, porque la alianza de los Guisa perduró. Enrique III pidió a su madre que se encargase de estas negociaciones. Catalina tuvo una conferencia con ellos en la Champaña, concediendo todas las demandas que quisieron por un tratado que concluyeron el 7 de julio de 1585 en Nemours. Por este tratado "Se prohibió profesar cualquier otra religión que no fuera la católica, so pena de muerte".

"Los ministros protestantes y los herejes serían expulsados del reino en el término de un mes. Se convertirían al catolicismo, bajo

pena de confiscación de bienes. Fueron perseguidos y muchos se convirtieron con tal de vivir en un rincón de Francia con su familia e hijos, aunque en el fondo siguieran siendo protestantes”

“Los hugonotes serían declarados incapacitados para poseer beneficios o cargos públicos. Prometió pedir a los calvinistas las ciudades de seguridad que les había dado y hacerles la guerra en caso de que se negaran a entregarlas. Supresión de las cámaras mixtas. El rey se obligó a pagar a las tropas alemanas que militaban por Guisa, y a dar a la Liga algunas ciudades como plazas de seguridad. Revocó todos los antiguos edictos de tolerancia. Este tratado fué firmado por la Reina Madre, los cardenales de Borbón y de Guisa, el duque de Guisa y de Mayena” como afirma Guizot (30).

El Papa Sixto V, por una bula expedida el 9 de septiembre de 1585, excomulgó a Condé y a Navarra, privando a éste último de todo derecho a suceder en la corona de Francia por hereje y relapso, relevando a sus súbditos del juramento de fidelidad. Enrique de Navarra protestó, pidiendo la reunión de un concilio oponiéndose a la excomuniación dictada por el propio Papa.

Por este tiempo en el convento de los Dominicos se formó una unión revolucionaria llamada de los diez y seis, que fueron los representantes de otros tantos barrios de París, los cuales más tarde se unieron a la Liga y se apoderaron del poder municipal. Dice Le Bas (31) que “Casi todos los componentes de los diez y seis habían tomado parte en la San Bartolomé”

El Edicto de Nemours indudablemente provocó el enojo de los hugonotes, reanudándose la guerra. El rey de Navarra, viendo que Enrique III se había atado las manos, desafió al duque de Guisa y publicó manifiestos en los cuales se esforzó en demostrar a todo el mundo que no era culpable de la continuación de la guerra y que ésta era impuesta por los de la Liga en contra de sus deseos y a pesar de que su causa era justa. También informó a sus aliados extranjeros, a la reina de Inglaterra, a los príncipes protestantes de Alemania y a los cantones suizos, de cuánto deseaba evitar la guerra.

El rey de Navarra ordenó a sus súbditos de las provincias que estaban bajo su dominio, la desobediencia del tratado de Nemours, confiscando los bienes que en ellas tenían los católicos y los vendió para sufragar los gastos que ocasionara la guerra.

Enrique III envió una diputación para tratar de persuadir a su cuñado, como otras veces había hecho, de que se convirtiese a la religión católica a fin de quitar a la Liga su más terrible pretexto; pero éste contestó a los diputados que ni el miedo ni el interés harían cambiar su credo y que sólo por convicción lograrían convertirlo.

La Reina Madre fué a entrevistar a Enrique de Navarra, sin que la situación mejorara en nada, salvo algunas treguas locales y cortas, pero la guerra era un hecho; Segur (32) dice, "que Navarra rehusó la conferencia que se le proponía con Catalina de Médicis y poniéndose en campaña, comenzó la novena guerra; llamada de los tres Enriques, que eran el Rey de Francia, Enrique de Navarra y el duque de Guisa.

Enrique de Navarra añadió al Languedoc la mayor parte de Guiena, el Delfinado, el Saintonge y el Poitou. El príncipe de Condé había llegado hasta Anjou, pero decidió atravesar el río Loira; sin tomar las precauciones necesarias. Los aldeanos del país rodearon sus fuerzas aniquilándolas, pero logró salvarse en Inglaterra con algunos de sus hombres. Isabel le dió tropas y dinero con las cuales desembarcó en la Rochela y volvió a pelear logrando triunfar de sus enemigos.

En la campaña de 1586, Enrique de Navarra tomó muchas plazas y logró paulatinamente ganarse el afecto del clero por medio de cartas que dirigía llenas de juicio, explicando que los ligeros encubrían sus ambiciones personales en el manto de la religión. Como príncipe de la sangre, hizo saber a la nobleza que no veía con indiferencia las pérdidas que ésta sufría por causa de la guerra. Pidió auxilio a los protestantes alemanes, pero éstos se mostraron renuentes a la ayuda, debido a que en las guerras anteriores habían sido víctimas de las combinaciones políticas de los jefes de los partidos en Francia. Sin embargo, enviaron a París una embajada solemne para hablar con el Rey, pero Enrique III para no recibirla, salió de París con el pretexto de pasearse, aunque también organizó dos ejércitos en contra de los calvinistas confirmando el mando a sus dos favoritos, los duques de Joyeuse y de Epernon.

Enrique III volvió a París y dió audiencia a los alemanes que pacientemente habían esperado su regreso. En esta entrevista, el rey se mostró muy altivo. Cuando los embajadores se quejaron del in-

cumplimiento de los Edictos de Poitiers y de Fleix, la contestación que les dió el rey hizo que se retiraran disgustados y dispuestos a tomar las armas para verificar su invasión en Francia. El duque de Guisa los esperó en las fronteras de Lorena para hacerles frente, pero como los alemanes no estaban preparados, éste se dirigió con sus tropas sobre los estados del duque de Bouillon, que era calvinista y se apoderó de ellos agregándolos a la Lorena, a cuya familia pertenecía.

Enrique III sentía desconfianza de la Liga y su aborrecimiento hacia ella iba creciendo por lo que propuso al rey de Navarra que asistiera a una entrevista con su madre en Saint-Bris (condado de Angulema). Los creyentes decían que esta conferencia tenía por objeto lograr la conversión del bearnés o en su defecto una pacificación favoreciendo a los reformados, lo que veían como la peor desgracia. La conferencia de Saint-Bris fué inútil por tratarse de intereses inconciliables. Catalina quería hacer desistir a Enrique IV de su empresa, con el fin de dar tiempo a que la Liga se robusteciera y estuviese en condiciones de luchar ventajosamente, pero Enrique tenía gran interés en combatirla para evitar que ésta se organizara y constituyera un grave peligro para los fines propuestos del partido calvinista, pues juzgaba que aquí se embozaban ocultos fines que sólo repercutían en beneficio de unos cuantos, cuyas ambiciones quería Navarra que fueran conocidas por todos. Sin llegar a ninguna conclusión, se separaron la reina madre y Enrique para continuar la guerra.

El 20 de octubre de 1587 se encontraron frente a frente los dos ejércitos en Coutras, aldea del Perigord. El ejército real estaba al mando de Joyeuse, favorito del rey. Y aunque más numeroso que el de la Liga estaba formado por cortesanos afeminados por las joyas y adornos; mientras que los calvinistas mal vestidos, pero se habían ejercitado en las fatigas de la guerra y sin más adornos que sus espadas y corazas.

Navarra ocupó la aldea de Coutras anticipándose a Joyeuse, que al presentarse sólo tuvo tiempo de replegarse sobre La Roche-Chalais. El primer choque había decidido la victoria. El ejército de la Liga fué completamente derrotado, sin esperanza de volverse a rehacer, quedando el jefe de las tropas reales muerto en esta batalla con la mitad de sus soldados más o menos.

Enrique de Navarra satisfecho de su brillante triunfo, gozaba con

sencillez, y su alegría era mayor por ser el primer general protestante que se anotaba una victoria desde que había comenzado la guerra civil. Esta victoria le dejaba en su poder todas las provincias del nordeste de Francia, pero no se sabe porqué, en lugar de apoderarse de ellas, licenció su ejército sin pensar tampoco reunirse con sus aliados alemanes, a los que el duque de Guisa, a pesar de sus cortas fuerzas, privó de comunicaciones y víveres; no obstante, los alemanes lograron entrar hasta La Charité pero no pudieron pasar el Loira por estar defendido. No sabían qué hacer, no tenían víveres y desconocían el país, por lo que en el afán de buscar los caminos que los condujeran a su salvación se dispersaron, lo que aprovechó Guisa para acometerlos a media noche en Vimory. “Donde los encontraron dormidos, borrachos y sin centinelas”, como dice Guizot (33).

Quince días después volvió Guisa a atacar a los alemanes en Auneau, cerca de Chartres, logrando completa victoria los de la Liga (26 de octubre de 1587).

Entretanto, el pueblo de París estaba disgustado con el rey, porque pudiendo haber dotado al de Guisa con un ejército poderoso, le había dado fuerzas inferiores exponiéndolo a los extranjeros, pero el triunfo que logró contra éstos hizo que se le diera el título de “Salvador de Francia” y “el azote de la herejía” como asegura Cantú (34).

Para Enrique III, tanto las victorias de Guisa como las de Navarra le disgustaban; puede ser que si en su mano hubiera estado decidir la victoria, hubiera optado por darla al de Navarra por considerar que cuando menos éste, no ambicionaría el poder en vida del rey.

Fué la señal del triunfo de la Liga, la expulsión de los alemanes, los que envalentonados pidieron al rey insolentemente “que excluyera de la corte a las personas que no le eran adictas, que se estableciera la Inquisición”, como dice Eduardo Ibarra y Rodríguez (35) “que se confiscaran los bienes de los Hugonotes para el mantenimiento de un ejército católico en Lorena, que se otorgaran plazas de asilo a la Liga y que no se concediese la vida a ningún prisionero si no juraba vivir católicamente”, como afirma Guizot (36). Estas peticiones no fueron rechazadas por el rey, pero pidió tiempo para estudiarlas; su autoridad estaba muy quebrantada y en vano trató de recuperarla, pues su gobierno, su vida pública y su vida privada eran objeto entre sus súbditos de constantes ataques.

Se rumoraba que Enrique III, quería alejarse, por lo que los confederados católicos de París dirigidos por los jefes de los dieciséis, en unión de la hermana de Guisa (Duquesa de Montpensier), tramaron varias conspiraciones para apoderarse de su persona, pero estas habían sido frustradas por las revelaciones que recibía Enrique III de su espía Poulain. La última conjura auguraba buen éxito lo que obligó a venir a París al duque de Guisa que estaba en Nancy, para ponerse a la cabeza del movimiento. Los conjurados pensaban atacar al Louvre y apoderarse del rey, aniquilando a los que fuesen contrarios a la Liga y otorgar el gobierno al duque. Pero Enrique III teniendo noticia de esta trama por Poulain, hizo resguardar su palacio y mandó llamar al regimiento de sus cuatro mil guardias suizos que estaban cerca de París.

El duque de Guisa teniendo conocimiento de los acontecimientos, se detuvo en Soissons, pero el consejo de los dieciséis temerosos por el castigo que el monarca contra ellos impusiera, escribieron al duque de Guisa reclamando su presencia en París, pues de lo contrario disolverían la Liga. Como el duque se aproximara a París, Enrique III mandó decirle con su ministro Bellievre que le ordenaba no entrar en la ciudad, pero éste convenció al ministro de la necesidad de verse con el rey para desmentir las acusaciones que en su contra habían lanzado. Bellievre regresó a la corte y el rey reiteró su orden por medio de una carta que envió al de Guisa, “pero como en el tesoro real no había veinticinco escudos para pagar un expreso, la carta se puso en correo ordinario” según asegura Segur (37) y Le Bas (38); lo que le valió al duque fingir no haberla recibido, y el 9 de mayo hizo su entrada a París. Al conocerse su llegada, todo el pueblo corrió para aclamarlo con entusiasmo a los gritos de “Viva Guisa”, “Viva el pilar de la iglesia”, según Guizot (39), “las mujeres dejaban caer flores desde sus ventanas” El duque se presentó ante la Reina Madre que lo recibió fríamente y que afirma Segur (40) que le dijo: “no os quería ver en París en estas circunstancias” El se disculpó y acompañó a la reina que se dirigía al Louvre a presentarlo a su hijo. Enrique III lo recibió con severidad, y afirma Segur (41) que le dijo: “yo os he mandado que no vinieseis”, Guisa pidió al rey que confiara en su fidelidad que no diera crédito a las intrigas, y pretextando la fatiga del camino se retiró.

El 12 de mayo a las tres de la mañana entraron a París las guardias suizas y como Enrique III se había dado cuenta de que Guisa tenía intenciones de coronar sus ambiciones de sucesión en el poder, les ordenó que se apoderaran de todas las plazas y sitios públicos estratégicos, sin hacer el menor daño al pueblo. Los suizos obedecieron sin que hubiese señales de rebelión; “pero Guisa hizo circular la versión de que el monarca había llamado a sus tropas suizas para hacer degollar a los principales católicos estando a la cabeza él mismo” como asegura Le Bas (42). Un cortesano libertino dejó decir también que “todas las mujeres honradas de París iban a quedar a discreción de los suizos” como afirma Segur (43).

La indignación fué general y el pueblo resolvió tomar las armas. En todas las esquinas de las calles se atravesaron cadenas llevando grandes vigas, formando barricadas que en un momento llegaron hasta el Louvre y que atravesaban toda la ciudad. Las tropas reales fueron cercadas en el acto, los suizos destrozados por el populacho o hechos prisioneros acabando por rendirse. Y el rey prácticamente estaba sitiado en el Louvre.

El duque de Guisa se presentó ante el pueblo que reconociéndolo obedecía sus órdenes. Nombró oficiales, distribuyó armas y dispuso lo necesario para el ataque y la defensa. Era el momento oportuno para él de atacar el Louvre y hacerse coronar, pero le faltó audacia.

El rey viendo la sedición, mandó a la Reina Madre a entrevistar a Guisa con el propósito de intentar alguna negociación. El duque la recibió muy fríamente, pero se entabló la plática en la que Guisa pidió que Enrique III le nombrase lugarteniente general del reino, que el rey de Navarra y sus parientes fueran declarados destituidos de sus derechos a la corona y que se convocase a los Estados Generales en París. Catalina volvió con el monarca y le transmitió dichas pretensiones.

Guisa volvió a hacer un acto de vencedor al salir sin armas y recorrer los diferentes barrios apaciguando el tumulto, exhortando al pueblo a conservar sus barricadas permaneciendo a la defensiva y ofreciendo que él finalizaría la tarea. Dió también orden de libertar a los guardias franceses y suizos, quienes rindieron armas y desfilaron ante él como delante de su salvador.

El duque escribió al gobernador de Orleáns, como asegura Guizot (44) diciendo: "He vencido a los suizos, a parte de los guardias del rey y tengo el Louvre tan cercado, que daré buena cuenta de los que hay dentro. Esta victoria es tan grande que su memoria será impercedera" según Guizot (45).

Un vecino de París hizo saber a la Reina Madre que iban a atacar el Louvre. Catalina dió aviso al rey. Los realistas instaban a Enrique III a hacer inmediatas concesiones. El monarca estaba perdido ya que el Louvre no se encontraba en estado de defensa y carecía de tropas dispuestas a resistir. Los víveres se agotaban y faltaban las municiones, pero una astucia de la Reina Madre lo salvó dándole tiempo a evadirse.

Catalina se dirigió al palacio del duque para reanudar la conversación del día anterior; como el de Guisa persistiera en todas las condiciones que había presentado, la Reina Madre para lograr su objeto se puso a discutir las prolongando de intento la conversación. En ese momento llegó uno de los adictos de Guisa y le habló al oído según Guizot (46) "Señora, exclamó el duque, mientras vuestra majestad me entretiene aquí, el rey se ha ido de París para perseguirme y perderme". Afirma Segur (47) que Catalina respondió "que nada sabía de su resolución".

El monarca huyó disfrazado de campesino el día trece, acompañado de sus principales consejeros y tomando el camino de Saint-Cloud llegó a Chartres. Asegura Guizot (48), "que al otro lado del río el rey fugitivo fué injuriado". En la ausencia de Enrique, Guisa procedió como si fuese el amo, disponiendo que se le entregase la Bastilla y ordenó que se eligiese un nuevo consejo municipal de entre los partidarios de la Liga; pero a su alrededor se aumentaba la anarquía por que los dieciséis destituían de sus puestos a todos aquellos que no eran de su simpatía, cambiando oficiales y capitanes de la milicia así como despojando de sus cargos a los eclesiásticos calificándolos de hugonotes.

Habiendo huido el rey del triunfo de las barricadas, la Reina Madre prosiguió las negociaciones con el duque de Guisa, las que dieron como resultado el Edicto de Unión en Ruán el 19 de julio de 1588, en el cual el rey concedió todo lo que se le pedía: haría la gue-

rra a los herejes, nombró el 14 de agosto a Guisa generalísimo de los ejércitos reales; admitió que no se reconocería por rey de Francia a un príncipe que no fuese católico y los Estados Generales fueron convocados para el 15 de octubre en Blois.

El 16 de octubre del mismo año abrió el rey la sesión de los Estados en la que se aprobó el Edicto de Unión y se exigió que Enrique de Navarra fuera eliminado de la sucesión a la corona. El proyecto de Guisa era obligar al monarca a declarar la guerra a los hugonotes, y lo acusó de connivencia con los protestantes, haciendo por destacarse él como el único defensor de la religión; en conclusión quería deponer a Enrique, apoderarse del gobierno y quizá ceñirse la corona. Guisa llenó al rey de tantos ultrajes que dice Michelet “determinó al más tímido y encogido de los hombres, a tomar la resolución más atrevida, que fué la de asesinarle” como asegura Le Bas (49).

El rey se resolvió a una acción terrible; habiendo revelado su proyecto a dos de sus consejeros y siendo aprobado por ellos, mandó llamar al duque de Guisa y a su hermano el 23 de diciembre. Mientras deliberaba el real consejo, Enrique III mandó llamar a Guisa y cuando éste se dirigía a la puerta del gabinete real, fué sorprendido por sus asesinos asestándole varias puñaladas mortales en el pecho. Lo inesperado del ataque imposibilitó toda defensa y trató sólo de evadir tan artera saña corriendo para buscar protección, pero nuevos golpes le hicieron rodar por el suelo sin vida.

El hermano del duque, el Cardenal de Lorena, el arzobispo de Lyon y sus más ardientes partidarios fueron aprehendidos; el Cardenal al día siguiente fué asesinado, el rey salvó la vida del arzobispo de Lyon y el otro hermano de Guisa, Mayena logró huir.

Asegura Guizot (50) que Enrique III dijo a sus ministros al volver a entrar en la sala del consejo “soy el único rey”. Corrió con su madre Catalina y dijo: “esta mañana he vuelto a ser rey de Francia; el rey de París ha muerto” (Según los historiadores que he podido consultar, Catalina desconoció los hechos y no tomó parte de los preparativos del delito aunque esto último es dudoso).

Al poco tiempo de la ejecución de Guisa, murió Catalina (1589) a la edad de 69 años, recomendándole al rey reconciliarse con Enrique de Navarra. Su muerte no constituyó un acontecimiento para

la política ni para el pueblo. A diferencia de lo que ocurrió con el asesinato de Guisa que abre un abismo entre el rey y la Liga, viéndose obligado Enrique III a refugiarse en Tours en donde también fué insultado por los ligueros que saquearon uno de los arrabales. El pueblo se enlutó y en las iglesias se pusieron crespones fúnebres. los predicadores fulminaban anatemas contra el asesino, a quien se le llamó hereje y fué excomulgado por Sixto V. En nombre de los católicos se presentó una consulta a la Sorbona, resolviendo ésta que los franceses estaban desligados del juramento de fidelidad a Enrique de Valois y que podían levantarse en armas. El decreto de la Sorbona confirmado por el Parlamento, dió a los de la Liga toda la apariencia de la autoridad legal. El duque de Mayena, hermano de Guisa fué nombrado jefe de la Liga y lugarteniente general del reino. Este “estableció un gobierno al que se unieron la mayoría de las ciudades” como dice Sedwick (51), pero eso no impidió que se desatara un completo desorden.

Según Octave Aubry (52) “la miseria fué horrorosa, no hubo pan, los establecimientos permanecieron cerrados y los caminos pertenecían a los salteadores”. Enrique III habiendo perdido toda autoridad, en vano solicitaba los Estados Generales que se negaron a defenderle, optando por despedirlos y quedando solo, sin el apoyo de su reino. No le quedaba más que un recurso, entenderse con su cuñado el de Navarra a quien reconocía ya como futuro heredero del trono.

El rey aprovechó la oportunidad de hablarle a Sully (que entonces sólo era Rosny) amigo de Enrique de Borbón, de los deseos de reconciliación que tenía con su señor. Rosny se encargó de la comisión y Navarra acogió con mucho gusto las insinuaciones del rey. El bearnés ofreció todas sus fuerzas a Enrique III, pidiendo en prenda la ciudad de Saumur que le aseguraba el paso del Loira.

Navarra había avanzado por el Poitou y tomado las ciudades de Niort y Chatellerault y hecho una incursión para arrojar a la Liga. Por el lado opuesto Mayena había salido de París y ocupado Vendôme.

El rey concedió a Navarra cuanto pedía, comenzando entre los dos personajes una alianza impuesta por mutuo interés. Enrique de Navarra se comprometió a entregar a Enrique III las plazas que tomara y que en ninguna parte se haría cosa alguna que perjudicara a

la religión católica; así como los protestantes no serían molestados en todo el reino de Francia.

Los reyes se entrevistaron en Plessis-lez-Tours donde se abrazaron y lloraron. Asegura Guizot (53) que el pueblo gritó: ¡Vivan los reyes!, considerando esto como un gran bien público, ¡la paz!

La reconciliación entre los católicos que habían permanecido al lado de Enrique III y los protestantes de Navarra fué sincera por ser la garantía más segura para todos los partidos. En poco tiempo los dos ejércitos reunidos pudieron rechazar a los coligados a París encerrándolos ahí; en vano el duque de Mayena ensayó apoderarse de Tours, porque el Ejército de Navarra fue a auxiliar a Enrique III teniendo los ligeros que replegarse. Afirma Eduardo Ibarra y Rodríguez (54), que “el ejército real estaba reforzado por unos catorce mil suizos y alemanes que forzaron el puente de Saint Cloud”.

Los dos reyes se encaminaron a poner sitio a París. Enrique III acampó en Saint-Cloud y afirma Le Bas (55) que contemplando la ciudad dijo: “Allí está el corazón de la Liga; hacia el corazón debemos tirar, hay que castigar a los que están dentro y que se han atrevido a echarme de élla con tanta ignominia” El monarca desde Saint-Cloud abarca todo París. Treinta mil protestantes lo bloqueaban. La ciudad sufrió con admirable resignación todos los horrores de la escasez, pues antes de sitiarla le habían cortado sus aprovisionamientos.

El duque de Mayena no estaba en posibilidad de defender la ciudad porque no contaba más que con ocho mil hombres desalentados. La victoria de los hugonotes era inevitable. El asalto se había proyectado para el 2 de agosto, pero Jacobo Clemente fraile dominico, ignorante y fanático, se creyó instrumento de la Providencia, y según César Cantú (56) “impulsado por los dieciséis”, o bien, como dice Octave Aubry (57) “endocrinado por la duquesa de Montpensier” fué en busca del rey con el pretexto de decirle un secreto, sacó de su manga un cuchillo con el que dió de puñaladas a Enrique, quien murió a consecuencia de las heridas que recibió con tal motivo el 2 de agosto de 1589 a los 38 años, extinguiéndose la rama de los Valois, que ocupó el trono por doscientos sesenta y un años. Antes de caer en estado de coma perdona a sus enemigos, re-

cibe a Navarra afectuosamente y exhortando a los que llenaban su cámara, asegura Guizot (58) que les dijo: “Os ruego como amigos míos y os mando como rey, que después de mi muerte reconozcáis a mi hermano que está aquí. Para satisfacción mía y en cumplimiento de vuestro propio deber, os ruego que le prestéis juramento en mi presencia”. Al rey de Navarra al abrazarle antes de morir, afirma Segur (59) que le dijo: “hermano, creed que nunca seréis rey de Francia si no os convertís a la religión católica”.

La intolerancia del siglo hizo que se ensalzase hasta las nubes el heroísmo del asesino, llegando hasta venerarle como un santo.

CAPITULO IV

Datos Generales Acerca de Enrique de Navarra hasta su Advenimiento.

DATOS GENERALES ACERCA DE ENRIQUE DE NAVARRA HASTA SU ADVENIMIENTO

Entre los grandes hombres de Francia uno de los más conocidos es Enrique IV, quien nació en el castillo de Pau en 1553, siendo hijo de Antonio de Borbón duque de Vêndome y de Juana de Albert, reina de la Navarra francesa, de la cual hereda el trono.

Se crió en la rudeza de las montañas, templando su cuerpo y su espíritu con el íntimo contacto de la naturaleza. Alejado de convencionalismos sociales y envolturas sutiles de mezquina vanidad, se desarrolló sin prejuicios cortesanos en un medio donde la lealtad y la franqueza eran las bases más firmes.

Acogió los principios calvinistas que su madre le enseñaba. Recibió una instrucción no muy extensa ni profunda, pero muy superior a la de casi todos los nobles y príncipes de su época. Llegó a conocer a los clásicos latinos y algo de la lengua griega y así leía habitualmente a Plutarco.

Durante algunos años vivió en la corte de Francia, donde sin duda adquirió, en esa escuela el hábito de las aventuras amorosas. Sus altas cualidades de guerrero, su valor que en más de una ocasión sirvió de ejemplo para sembrar en sus soldados la confianza, la audacia inaudita de su temperamento audaz que arrancaba exclamaciones de admiración de quienes lo seguían, la frase picarezca y humorística en el momento de peligro, su magnetismo personal que fascinaba a los hombres en la medida de su condición, porque sabía dar a cada uno lo que le correspondía, el heroísmo de su alma dispuesta al sacrificio en cualquier momento, han contribuido a dar a su nombre una gran popularidad.

Según Legreze "la generosidad de un rey puede ser un cálculo,

un acto de ostentación, pero en el caso de Enrique IV, es fácil ver la sinceridad de su bondad” (60).

Ha sido estudiado, admirado y criticado en todos los aspectos, pero desde cualquier punto de vista que se le vea, resultará siempre interesante. Llegó a ser muy querido por su pueblo, logrando un lugar preferente entre los franceses, por su bondad y grandeza de ánimo.

A la muerte del último de los Valois, le correspondió la herencia real. Como rey legítimo y el primero de los Borbones. Protestante en un país católico, Enrique IV tuvo que desempeñar un papel difícil, ya que su pueblo estaba completamente dividido por la diversidad de criterios religiosos. Su ardua tarea fue la de conquistar el reino. Afirma André Maurois (61) que decía a los franceses: “nosotros no solamente nacimos para nosotros mismos, sino para servir ante todo a la patria”.

Enrique quiso ser el rey de todo el país, no solamente de una parte, por lo que exhortaba a sus súbditos a la unión, como dicen André Maurois (62) y Octave Aubry (63) diciéndoles: “somos todos franceses y conciudadanos de un solo país, por eso es necesario ponernos de acuerdo en recomendar a la paz y no la guerra que no hace más que hacer sufrir a los hombres”

Muchos saludaron al príncipe del Bearne como a su rey, mas luego asegura Le Bas (64) que se les oía decir: “primero morir mil veces, que obedecer a un rey hereje”.

El enojo de los súbditos por la religión que profesaba su monarca, era notorio, su ejército poco a poco se iba desbastando por no querer servir a un protestante y los católicos que se quedaban, exigían a Enrique IV la conversión al catolicismo.

Enrique comprendiendo que no lograría jamás imponer el protestantismo a la mayoría del país, proclamó su respeto a ambas religiones. Para convertirse en católico todavía no se decidía, porque imaginaba un posible acuerdo entre ambas religiones y queriendo ensayar la tolerancia, dice Octave Aubry (65) que decía: “La religión no se despoja como una camisa” No obstante él prometió informarse y asegura Lavissee (66) que añadía: “Instruidme, yo no soy terco. París bien vale una misa”

Prometió a los políticos que se unieron, conservar la religión en el estado en que se encontraba y a los católicos les manifestó que permanecerían en sus cargos y empleos; afirma Joseph Reinach (67), que también “hizo restituir a los protestantes por su tratado (de reconciliación) que había hecho con Enrique III, la libertad de conciencia en todo el reino y la libertad de culto en todas las ciudades”. Además asegura Octave Aubry (68) que declaró que había que “someterse a las decisiones de un concilio general convocado en un término de seis meses”

Las declaraciones del rey causaron disgusto a los dos partidos, porque si bien los católicos querían la conversión de Enrique, la deseaban de inmediato, y no obstante, dudaban de la sinceridad con que la hiciera. Por otro lado, los protestantes veían sus ilusiones se-pultadas y aún más, temían por su situación y seguridad.

Los principales servidores de Enrique III, gentes que había que comprar tanto como convencer, optaron por ponerse del lado del bearnés, bajo condiciones muy elevadas, teniendo que prometerles como asegura Lavisse (69) “el ejercicio exclusivo del culto católico”. Los mercenarios suizos también lo reconocieron con más o menos dudas. Otros muchos, dice Cantú (70) que exclamaban: “Sois el rey de los valientes y sólo los cobardes os abandonarán”; pero los ligeros se negaron rotundamente a reconocerle y para suplantarle pusieron la mirada en su tío el anciano Cardenal de Borbón, a quien tenían prisionero y al que Mayena para desvirtuar las sospechas de que aspiraba a la corona, proclamó con el nombre de Carlos X.

Felipe II de España, el constante protector de la causa católica, aplaudió la elección de Carlos X porque su edad auguraba su próxima muerte y en esta forma él pondría en el trono de Francia a un príncipe de su familia, si bien lo reclamaba creyéndose con derecho para hacerlo y considerando que el poder correspondía a su hija Isabel Clara Eugenia, nieta de Enrique II, a quien la Ley Sálica privaba de ocupar la corona, pero él trataba de anular dicha ley casándola con algún príncipe francés.

Mientras tanto, Enrique IV se daba cuenta de que su ejército disminuía considerablemente y que su gente se le unía día a día a Mayena, aumentando sus tropas con el refuerzo de diez mil alemanes y suizos que Felipe II a costa suya envió a París. Los soldados de

Enrique se encontraban muy mal equipados. Eran de número escaso y les faltaban víveres y dinero. Sin embargo, él sostenía su valor. Sólo los suizos se encontraban en mejores condiciones.

Enrique estaba imposibilitado de apoderarse de París y tuvo que renunciar al sitio, asegura Lavissee y Rambaud (71) que “retirarse hacia el mediodía de Francia, era mostrarse a la vista de los pueblos como el rey de Navarra”, por lo que prefirió marchar con su ejército a Normandía donde quedaba próximo a la capital del reino y a la vez, era el punto donde esperaban los refuerzos de la reina Isabel de Inglaterra. Al llegar el rey a Normandía, fué recibido con entusiasmo, él se mostró amable lleno de buen humor y camaradería, asegura Sedgwick (72) que gritando: “No quiero ceremonias amigos, dadme vuestra compañía, buen vino, buen pan y caras alegres; y se calificó así mismo en forma regocijada como: un rey sin reino, un marido sin mujer y un general sin ejército”.

Enrique se dedicó a someter a las provincias hostiles, haciendo una especie de guerra de partidos, sitios y escaramuzas y no contando más que con siete mil hombres se dirigió a Dieppe, cerca del castillo de Arques, Mayena con treinta mil ligados se dedicó a perseguirlo, asegura Lavissee y Rambaud (73) que “prometiéndolo a los parisienses llevarle prisionero a la Bastilla”.

Encontráronse los dos ejércitos en Arques el 21 de septiembre de 1589 y se libró una obstinada batalla que duró cerca de dos semanas. Las tropas de Enrique en un principio fueron rechazadas con gran mortandad; el rey arrebatado por su valor belicoso se halló cogido entre dos batallones de caballería enemiga; pero Chatillon, hijo mayor del almirante Coligny, los acometió y libertó al bearnés. La fortuna coronó los esfuerzos de Enrique IV que animando a sus soldados y peleando él mismo como uno de ellos, logró la victoria y Mayena tuvo que ordenar la retirada habiendo perdido la mitad de sus tropas para dirigirse a Amiens con el propósito de unirse a los soldados que traía el príncipe de Parma.

Enrique, habiéndosele unido los socorros de cuarenta mil protestantes ingleses, comenzó un segundo sitio a París, empezando el ataque el 1º de noviembre. Se apoderó de los arrabales de San Jacobo, San Germán y otros, prometiéndolo a su gente el saqueo, y asegura Le Bas (74) que “así, aquellos miserables soldados andrajosos,

sin paga y extenuados, se vieron ricos y bien provistos en menos de un día”.

Algunas ciudades se rindieron a Enrique. La señoría de Venecia resolvió reconocerle como rey de Francia y le envió un embajador. Las iglesias fueron respetadas y el monarca puso guardias en todas ellas para dar testimonio a sus súbditos católicos del respeto a su culto.

Mayena al saber que el rey estaba en París, se apresuró a volver a la capital, pero en vano le retó Enrique para que saliese a combatir y como Mayena impedía el éxito de las operaciones, el rey tuvo que retirarse a Tours que fué provisionalmente su capital.

Los dos ejércitos pasaron el invierno preparándose y en 1590, Enrique ya dueño de algunas plazas, entró en campaña y se presentó a poner sitio a Dreux. Mayena lo siguió para presentarle la batalla o hacerle levantar el sitio. Enrique con fuerzas muy inferiores no tuvo inconveniente en aceptar. Mayena iba a marchas forzadas exponiendo a sus tropas al desorden en que creía hallar las del enemigo.

Los dos ejércitos se encontraron el 13 de marzo en las llanuras de Ivry, ciudad a orillas del Eure y a poca distancia de Dreux, pero con gran sorpresa vió Mayena que los realistas lo esperaban colocados en orden de batalla, ocupando las mejores posiciones estratégicas de terreno, teniendo que detenerse para acomodar su ejército, Mayena perdió mucho tiempo, siendo imposible emprender la batalla. El tiempo estaba lluvioso y los soldados de la Liga fatigados, viéndose “precisados a pasar la noche al raso”, como asegura Le Bas (75); algunos tuvieron tiempo de levantar sus tiendas de campaña a diferencia de los de Enrique que pudieron descansar toda la noche en los pueblos cercanos (Saint-André).

Al día siguiente, los realistas tomaron las mismas posiciones. Antes de comenzar el ataque, asegura Octave Aubry (76) que el rey les dijo: “Quiero vencer o morir con vosotros” “Dios está de nuestra parte, sus enemigos son los nuestros, ¡aquí está vuestro rey! ¡A ellos! Lavisse (77) y Octave Aubry (78) aseguran que dijo: “Si perdéis de vista vuestras banderas, seguid mi penacho blanco y lo encontraréis siempre en el camino del honor”.

La artillería de Enrique IV lanzó el desorden en la armada de

Mayena, que inútilmente intentaba volver a ordenar sus tropas; Enrique que notó su turbación se aprovechó para arremeter con extremo furor. El rey según su costumbre, se arrojó al centro de los escuadrones enemigos y éstos rompieron el fuego; hubo un instante en que los realistas cejaron y afirma Segur (79) que el bearnés les gritó: "Volved, sino para lidiar, al menos para verme morir".

La victoria fué absoluta, el enemigo completamente destrozado, los suizos que todavía no habían sido batidos, levantaron sus armas en señal de rendición; Mayena tuvo que escaparse, pero al huir rompió el puente de Ivry para evitar que el enemigo le persiguiera, causando con esto el más grave perjuicio a su ejército, que no teniendo tiempo de pasar, cayó en mayoría en poder de las tropas del rey.

Desde el principio de las guerras de religión, ésta era la victoria más brillante que habían obtenido los protestantes. En esta ocasión, Enrique quizá hubiera podido apoderarse de una vez de París, como pensaron el duque de Mayena y otros líderes de la Liga. Pero él sabía que la capital no era fácil de ser tomada. Las murallas eran demasiado fuertes para permitir un asalto y un sitio requeriría largas y completas preparaciones, por lo que se limitó a un bloqueo interceptando el paso de víveres y socorros. Para el caso, ocupó todas las carreteras que conducían a la ciudad y vigiló los ríos de tal manera que no pudieran entrar provisiones ni por tierra ni por mar.

París no podía sostener un largo sitio, no obstante que habían tenido tiempo de hacer almacenamiento de víveres. Estos se estaban agotando y el hambre iba aumentando. Los frailes sacrificaron sus propios medios de subsistencia en favor de los hambrientos. La miseria llegó a tal punto que, asegura Oncken (80) que "se hacía pan con los huesos molidos de los muertos, se asesinaba y devoraba a los niños y la mortandad alcanzó terribles proporciones". El alimento de los pobres era la hierba de los arrabales. Esta vez el hambre sacrificó más víctimas que la espada enemiga, por lo que Cesar Cantú (81) afirma que Enrique decía: "quisiera mejor no tener París, que haberle arruinado con la muerte de tantas personas". Las enfermedades aumentaban horrorosamente, por lo que el monarca permitió la salida de mucha gente inútil para la defensa de la ciudad, así como

la entrada de algunos alimentos. Dice Sedwick (82) que “la reina Isabel de Inglaterra, al enterarse le escribió burlándose de tal debilidad sentimental”, a lo que Enrique de buen humor se defendió.

El rey sabía que París estaba a punto de rendirse por hambre, pero Mayena pidió socorro a España y Felipe II envió a su más hábil general, Alejandro Farnesio, duque de Parma y gobernador de los Países Bajos, para levantar el sitio, además de los motivos principales que tenía el monarca de España que asegura Michelet (83). eran: “destruir el renombre militar del bearnés, suprimir a Mayena y hacer entrar a los españoles en París”.

El duque de Parma se reunió con Mayena en Meaux. En vano intentó Enrique forzar a éste a sostener una batalla, porque Farnesio, que era un amo de la guerra, engañó al rey con la expectativa de aceptarla, mientras se deslizaba y tomaba ante sus ojos posiciones militares tales como Lagny y Corbeil, adueñándose de las orillas del río Marne y del Sena, que permitían que se rompiera el bloqueo, facilitando el libre paso de los víveres para abastecer a París.

Enrique IV se vió obligado a levantar por segunda vez el sitio (30 de agosto de 1590), retirándose a San Dionisio. Farnesio, al obtener el resultado que se propuso, se volvió a los Países Bajos, sin haber dado lugar a que lo atacasen y sin aceptar jamás la batalla que le presentaban los realistas.

Cuéntase que cuando llegó el duque de Parma a las cercanías de París, el rey le propuso por medio de un enviado enfrentarse en una batalla campal; según Michelet (84) asegura que el italiano friamente le contestó: “que no había venido de tan lejos a tomar consejo de su enemigo”.

Hubo otro incidente que reveló la poca armonía que reinaba entre el jefe de la Liga y su poderoso auxiliar, cuando el duque de Parma quiso dejar guarnición española en Corbeil y el de Mayena se opuso, pero a la postre se vió obligado a aceptar tres regimientos de ocupación.

Pero en fin, dice Michelet (85) que “París que quería ser librado del sitio del bearnés, quedaba en manos de un ejército extranjero”. El consejo de los Diez y Seis, influenciado por el partido español, y contando con gran ascendiente en el pueblo de París, abogaba por dar la corona a la infanta Isabel Clara hija de Felipe II y

dicho partido instaba para que se reunieran los estados del reino para que la declarasen soberana.

Por el contrario, Mayena deseaba que la situación no cambiara y exhortaba a los suyos en favor de un rey católico, esperando ser el más indicado o al menos un príncipe de la casa de Lorena.

La guerra continuó los seis primeros meses de 1591 con languidez y sin hechos de trascendencia. Enrique IV que se había retirado muy humillado y casi desesperado, volvió a persistir en apoderarse de París y en medio de la noche atacó los muros de la ciudad, pero los frailes que estaban de guardia, dieron la señal de alarma, cubriéndose la muralla de defensores, siendo infructuoso el ataque.

En la primavera siguiente el rey, para lograr su objeto quiso probar otra vez, sabía que en la noche las puertas de San Honorato eran abiertas para dejar pasar las provisiones y sus soldados disfrazados de campesinos llevando harina, se presentaron a tomar la ciudad, donde serían más tarde auxiliados por él, pero fueron descubiertos sus movimientos. Este hecho es conocido con el nombre de "Jornada de las Harinas" y pasó sin que se derramara una gota de sangre.

Las consecuencias de la victoria de Ivry comenzaron a sentirse cuando Enrique IV a pesar de sus fracasos en la toma de París; veía que se le aproximaban muchos católicos moderados, atraídos por su valor y confiando en que muy pronto se decidiría a abrazar la religión católica. Además, ya fermentaba en Francia una irritación patriótica contra Felipe II, quien dejaba ver claramente su ambición por apoderarse del trono. Se dieron cuenta de que el español era el verdadero jefe de la Liga y que si bien hicieron los suyos pasar víveres a la ciudad, era para más tarde sacar el mejor partido.

Estos acontecimientos provocaron que se dividiera la Liga en Española y Francésa. El Comité de los Diez y Seis trabajaba sin descanso para constituir y hacer triunfar a la Liga Española. Están de acuerdo Guizot (86), Michelet (87) y Le Bas (88) en asegurar que "el 2 de septiembre de 1591 sus principales jefes escribieron una carta a Felipe II para conferirle la corona de Francia y prestarle fidelidad como súbditos o bien que estableciera en el trono a alguno de su posteridad".

El Cardenal de Borbón, a quien se había dado el título de Car-

los X, había muerto el 9 de mayo de 1590 y Felipe II no descansaba en preparar la candidatura de su hija. La facción de los Diez y Seis se dió muerte así misma por el atentado inaudito que cometió con los integrantes del Parlamento que como eran sospechosos ante sus ojos a causa de la moderación de sus opiniones, no titubearon en llamarse encargados de dar a conocer los nombres de las personas que les pareciesen sospechosas tomando prisioneros a los principales personajes del Parlamento y acusándolos de herejes. Sin haberlos oído, la juna de los Diez y Seis dictó contra tres de ellos una sentencia de muerte por la cual estaban condenados a morir ahorcados. Sus bienes fueron confiscados. La mayoría de los habitantes de París desaprobaban esta inhumanidad, por lo que los responsables de actos inicuos, sin apoyo, se ocultaron.

Cuando el duque de Mayena fué informado de tan atroces atentados y que el poder acababa de pasar a manos de un populacho enfurecido y que los Diez y Seis habían escrito al rey de España poniendo a su disposición la corona, el hecho le causó gran espanto, dejando el mando de las tropas a su sobrino Carlos, duque de Guisa, que se había escapado del castillo de Tours, donde estaba prisionero desde la trágica muerte de su padre Enrique. Este vuelve a París con su ejército y obliga a que le entregasen la Bastilla que Bussy, gobernador de la misma había tomado. Aprehendió también a cuatro de los más facciosos de los Diez y Seis y les dió muerte ahorcándolos, terminando en esta forma con ellos, no obstante la aprobación general que tuvo Mayena, no fué menos funesto su partido, pues la Liga ya no tuvo el mismo entusiasmo.

Mientras que el duque de Mayena se ocupaba del restablecimiento del orden de París, Enrique IV pasó a Normandía con el intento de conquistar a Rouen, una de las plazas más fuertes que entonces tenía la Liga. Mayena no podía, sin el príncipe de Parma, salvar Rouen de las manos del rey, por lo que tuvo que llamar por segunda vez de Flandes al duque de Parma que resistiéndose a ir, insistía en la convocación de los Estados Generales y en la exaltación de la infanta Isabel Clara Eugenia, pero convencido de la necesidad de su ayuda a Rouen, se puso en marcha.

En 1592 se encontraron los dos ejércitos, Enrique se arrojó con siete mil hombres sobre las tropas españolas, gracias a la intrépidez

de su cuerpo de gentileshombres e hizo retroceder a los batidores. El rey había reconocido al enemigo en Aumale pero quiso informarse mejor del orden y distribución del imponente ejército español y asegura Le Bas (89) y Michelet (90) que pudo observar "que el duque de Parma, hombre muy gordo y que padecía de la gota, se hacía trasportar con rapidez en una silla descubierta a los diversos puntos de la línea de batalla donde debiera dar nuevas ordenes" Este espectáculo le absorbía y no se apercibió de que la caballería ligera española y los caballeros flamencos le envolvían estando a punto de caer prisionero, así dió la señal de la huida y en ésta fué herido levemente. Sus soldados hicieron todos los esfuerzos necesarios para salvarle procurando detener al enemigo con cargas muy atrevidas, más como luego corrían para librarse ellos, muchos perecieron en esta huida teniendo Enrique como asegura Eduardo Ibarra y Rodríguez (91) y Oncken (92) que "levantar el sitio de Rouen". A pesar de esto, el rey peleó con suma intrepidez y se retiró a Aumale.

El duque de Parma se apoderó de Caudebec, villa que estaba por Enrique de Navarra; pero en un reconocimiento que hacía de la plaza éste fué herido en un brazo. Mayena estaba enfermo y como al monarca le llegaron refuerzos, él se dirigió a atacar el campamento de Parma. Escasearon los víveres en el ejército español y no había más agua que la del río, mal sana. Enrique IV se creyó vencedor confiado en que el duque de Parma capitularía en poco tiempo.

La herida de Parma habíale privado de poder dirigir su ejército, por lo que secretamente pidió a Rouen le enviaran cierta cantidad de barcas con las que tendió un puente en el Sena pasando toda su fuerza en una noche sin que lo sospecharan los realistas que al día siguiente se encontraron sin enemigos.

Enrique quería cortar la retirada al de Parma que se dirigía a Flandes; mas la vista de la infantería española, le quitó toda esperanza de hacer daño al enemigo, asegurando Segur (93) que exclamó: "Si yo fuese dueño de esta infantería conquistaría toda la Europa"

El duque de Parma partió, y a consecuencia de la herida que

tenía pierde la vida. Afirma Michelet (94) que "si España no triunfó antes, ¿qué haría después de su muerte?"

Por fin, a pesar de las dificultades y dilaciones que hacía Mayena para impedir que se congregaran, se reunieron los Estados Generales en París, (1593), siendo una representación muy incompleta de las diversas provincias. La mayor parte de los discursos que se pronunciaron en estos Estados, indicaban que el objeto era terminar con los males de Francia. Afirma Le Bas (95) que Mayena en su discurso de apertura dijo: "que las desgracias se remediarían eligiendo un rey que fuese sinceramente católico, cuyo brazo pudiera reprimir a un mismo tiempo a los enemigos del reino y a los de la iglesia" Los diputados creyeron que Mayena pretendía hacerse proclamar monarca, pero que no se había atrevido a declararlo. Esto hubiera sido factible en su persona o en la de Guisa si los Estados hubieran tenido un criterio unánime. Por fortuna los ligados estaban mal unidos, unos querían a Mayena y otros a Guisa. El rey de España igualmente, mandó como Embajador al duque de Feria para que reclamara la corona para la infanta Isabel Clara Eugenia, pero Felipe II ya había prometido a su hija en matrimonio al archiduque Ernesto de Austria. Esta proposición ofendió el orgullo nacional de los franceses y en nombre de la ley sálica se alzaron contra la elección de una mujer y de un extranjero, no aceptando ni que se casara con un príncipe lorenés, que sería Guisa.

Sin haber resuelto nada, los Estados Generales se disolvieron y esto favoreció a Enrique IV. Se llevaron a cabo otras conferencias de la misma índole en Surena donde el arzobispo de Bourges anunció que el rey estaba decidido a abrazar el catolicismo, lo que ocasionó una explosión de agrado; pero los resultados de esta conferencia tampoco fueron eficaces. Enrique se da cuenta que ha llegado el momento de convertirse, destruyendo, en esta forma el pretexto del cual se servían para excluirlo del trono y movido por las frecuentes exhortaciones de los prelados y los señores católicos pertenecientes a su partido y aún por su primer ministro el hugonote Sully, afirma Andre Maurois (96) que determinó instruirse diciendo: "París bien vale una misa"

Enrique IV se presentó entre los prelados y doctores, discutió con ellos en una larga conferencia, haciéndoles preguntas sobre la religión y escuchando con la más seria atención las contestaciones que le daban. "Puede ser también, añadió el rey, que las dos religiones no tengan tantas diferencias, sino que éstas las hagan los odios de las gentes que las profesan. Un día, por mi autoridad ensayaré terminar con ellas", como asegura Michelet (97).

Durante la conversión les aseguró a los hugonotes que los querría siempre y no permitiría contra ellos ninguna violencia.

El 25 de julio de 1593, Enrique IV fué con gran pompa a la iglesia de San Dionisio y abjura solemnemente declarando a los pies del arzobispo de Bourges, como dice Lavissee y Rambaud: (98) "querer morir en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana" El arzobispo le dió la absolución bendiciéndolo entre las aclamaciones de alegría de un pueblo compuesto sobre todo de parisienses.

La conversión religiosa del rey le valió el apoyo de la inmensa mayoría de los franceses e hizo fácil la conversión política de los ligeros sinceros, menos a los exaltados, tanto de la Liga como de los hugonotes; pues mientras los unos no querían oír hablar de los protestantes, los otros pretendían la desaparición del catolicismo. En cambio muchos protestantes abandonaron al monarca.

No obstante la abjuración del rey, ésta no había sido reconocida por el Papa por faltarle la tradicional consagración, pero descartadas todas las dificultades, la ceremonia tradicional a este propósito se verificó en Chartres, el 27 de febrero de 1594, enviándole la absolución el Papa Clemente VIII.

Tarde o temprano debía prevalecer Enrique IV. Las más grandes ciudades que hasta entonces le eran hostiles como Orleans, Meaux, Lyon, Aix el Havre y casi todas las provincias de Picardía, o sea más de la mitad de Francia, se sometieron a Enrique gritando como asegura Reinach: (99) "¡Viva la libertad francesa! ¡Abajo los extranjeros!". A Enrique le faltaba algo muy importante y era la posesión de París, capital de su reino, que permanecía en poder de la Liga, y aunque España había perdido todas las esperanzas de la corona, auxiliaba en algo a los ligeros, sólo por suscitar obstáculos al rey.

Mayena que era el teniente general del reino se había alejado de París a fin de reunirse a un ejército de españoles que le esperaba en Soissons y había confiado el gobierno de dicha ciudad al conde de Brissac, pero este mariscal ya no era el mismo que hizo las barricadas, porque viendo que el poder real iba cada día cobrando nuevas fuerzas, entabló negociaciones secretas con el monarca para entregarle la plaza a condición de que hubiese amnistía general "aprobación de todos los nombramientos hechos por la Liga; el rey confirmaba a Brissac en su dignidad de mariscal de Francia, Brissac pedía además para sí doscientos mil escudos y una pensión anual de veinte mil francos" como asegura Le Bas. (100) Enrique IV lo prometió todo.

El rey habiendo salido de Senlis, se presentó con su ejército el 22 de marzo de 1594 ante las puertas de la ciudad, a una señal convenida, Brissac abre las barreras y los soldados entran en la capital con maravilloso silencio ocupando los puestos sin encontrar resistencia, cayendo París en manos de Enrique sin que se derramara una gota de sangre.

El rey hizo su entrada rodeado de la nobleza de la capital, para que no se creyese que la había tomado por la fuerza de las armas. Se dirigió primeramente a la iglesia de Notre-Dame a dar gracias, siendo recibido respetuosamente. Al salir todos gritaron: ¡Viva el rey!, y como la muchedumbre aumentase a cada paso, los guardias querían separar a la gente, asegura Guizot (101) que Enrique IV dijo: "Dejad que se acerquen, tienen hambre de ver a un rey".

Los españoles eran los únicos que permanecían armados en el barrio de San Antonio, el duque de Feria reconoce que su vida está en las manos del rey, pero éste generoso de ordinario, le dió permiso para salir de París con sus tropas. Aquel mismo día partieron para Soissons. El monarca los vió salir desde una ventana sobre la puerta de San Dionisio. Todos le saludaron con una profunda reverencia con los sombreros en la mano; afirma Guizot (102) que el rey los despidió diciéndoles: "Id, señores, recomendadme a vuestro señor, pero no volváis"

En esta ocasión se le dió a Enrique el título de "Grande" por

la magnanimidad con que perdonó no sólo a los que se sometían, sino también a los que se mostraban aún enemigos suyos.

Ya parecía afirmada la dominación del rey bearnés, pero los jesuitas más que las demás órdenes religiosas se distinguían por excitar las revueltas según Reinach (103) diciendo que: "la conversión del Navarro era una comedia". Juan Chastel, emponzoñado por sus excitaciones intentó el 27 de diciembre un atentado contra la vida de Enrique sin más daño que ocasionarle una herida: El autor llamado Juan Chastel expiró en suplicios largos y dolorosos sin haber nombrado a ninguno de sus cómplices e instigadores. A consecuencia del atentado, el Parlamento decretó la expulsión de los jesuitas de la mayor parte de los territorios del reino.

Después de dificultades extremas, Enrique acabó por reunir alrededor de él a todos los franceses, debido a que no dejó ni un momento su causa y que jamás dudó en su apego a la corona de Francia.

CAPITULO V.
La Política de Enrique IV



LA POLITICA DE ENRIQUE IV

I.—La política de Enrique IV. II.—Declaración de la guerra a España. III.—Edicto de Nantes. IV.—Resurgimiento de Francia durante el reinado de Enrique IV y su ministro Sully.

Felipe II continuaba con sus intrigas para fomentar los desórdenes en Francia. Organizó así un ejército en la frontera para proteger a los rebeldes. Enrique IV estuvo tentado de declararle la guerra, sin darle carácter religioso, sólo político, y como el rey de España persistía en su hostilidad, se declaró la lucha el 17 de enero de 1595, para dar a entender que el rey de España se colocaba como enemigo suyo, no de un hombre o de un partido sino de toda Francia. Prohibió a sus súbditos que tuviesen con él o con sus aliados ningún trato, ordenándoles que en adelante le hiciesen la guerra de la misma manera que él se obstinaba en hacerla.

Afirma Guizot (104) que "esto equivalía a demostrar que la Liga agonizaba, ya que no había guerra civil en Francia y que su rey sólo tenía que preocuparse de la guerra extranjera"

Los primeros combates tuvieron lugar en Bretaña, en Picardía y en Borgoña que era donde se encontraba Mayena. Enrique quería cortar las comunicaciones entre España y Flandes y dirigirse a Borgoña a reducir a su adversario. Felipe II determinó enviar un ejército al Franco Condado bajo las órdenes del condestable de Castilla para auxiliar al duque.

Enrique IV no tenía muchas tropas para resistir a los españoles pero resolvió detener el ejército del condestable de Castilla en el paso de Saona. El Mariscal de Birón principió el ataque con tanta impetuosidad, que luego forzó al enemigo a retirarse; pero viéndose atacado inmediatamente por un crecido número de enemigos, debió retirarse, triunfando los españoles; pero el rey presuroso acudió a socorrer a Birón, como el condestable de Castilla

Velasco se aproximó a la frontera francesa, chocó en Fontaine-Française con el cuerpo de caballería del rey y se entabló la batalla (1595).

Enrique IV excitó a la victoria a sus compañeros de armas, y por sus prodigios de valor logró sostenerse frente al enemigo, habiendo gloriosamente peleado y vencido a los españoles. El condestable de Castilla ordenó la retirada.

El duque de Mayena casi sin influencia en la Liga y abandonado de los españoles, entró en negociaciones con Enrique, firmando un tratado en 1596 encaminado a poner término a esta Liga. Aseguran Lavissee y Rambaud (105) que: "Mayena obtuvo tres plazas de seguridad por seis años; el gobierno de la isla de Francia para su hijo, y el pago de sus deudas"

En todo el año de 1596 se hizo la guerra con mucha lentitud y no fué sino hasta 1597 cuando hubo reveses militares. Los ejércitos españoles se apoderaron en la provincia de Picardía y en el Artois, de algunas ciudades como "Andrés, Doulens y Cambray" como dice Guizot (106) y Lavissee y Rambaud. 107)

El Archiduque Alberto asumió el gobierno de los Países Bajos y tomó la plaza de Calais antes de que Enrique tuviese tiempo de acudir en su auxilio.

El rey se propone adular a Isabel de Inglaterra para que le mandara algunos socorros, pero la reina hizo decir al monarca francés, que le enviaría un pronto auxilio si se comprometía a entregar Calais a los ingleses como precio de su ayuda, cuando fuese tomada a los españoles. Afirma Guizot (108) y Lavissee (109) que Enrique le contestó: "Si debo ser despojado, prefiero serlo por mis enemigos que por mis amigos, porque en el primer caso se tratará de un revés de fortuna, mientras que en el segundo, se me podría acusar de indignidad" Sin embargo, tuvieron una audiencia en la que se concluyó en un tratado de alianza defensiva y ofensiva entre Francia e Inglaterra contra el rey de España. Afirma Guizot (110) y Eduardo Ibarra y Rodríguez, (111) que los dos países hicieron el compromiso recíproco de: "No concluir aisladamente ninguna paz ni tregua, pactando la libertad de comercio entre los dos Estados. El tratado fué celebrado en Londres

el 24 de mayo de 1596, y ratificado en Ruán por Enrique IV el 19 de octubre, teniendo la adhesión de los Estados Generales de Holanda”.

Dice Lafuente (112) que “Enrique IV hace alianza con los holandeses, no obstante ser protestantes, y renueva la amistad con Isabel de Inglaterra, no obstante haber mudado de religión” Sin embargo, los españoles, aprovechando el tiempo de las fiestas de carnaval, se apoderaron de la ciudad de Amiens por sorpresa, pues aunque los ingleses y los holandeses auxiliaban a Enrique con sus fuerzas navales, todo el peso de la guerra terrestre tenía que sostenerlo Francia, y su ejército mal pagado por la penuria del erario, no podía luchar ventajosamente contra el español de las Países Bajos.

Además, muchos gobernadores de provincia querían aprovecharse de las circunstancias para declararse independientes y obligar al rey a concederles nuevos privilegios.

Para aumentar las penas de Enrique, los calvinistas reunidos le pidieron un edicto más amplio. El rey permitió que se redactase; pero entretanto se retiraron a sus provincias, y no le dieron socorro para esta campaña. Para no verse obligado a implorar por decirlo así, los socorros para los elementos que le faltaban en ocasión tan urgente, convocó en Ruán a los notables del reino y afirma Segur (113) y Guizot (114), que les dijo: “No os he llamado, como hacían mis predecesores, para que aprobéis mi voluntad, sino para seguir vuestros consejos, aceptarlos y creerlos”

El rey resolvió que su primer paso sería recuperar a Amiens y para reunir fondos se hizo un ligero aumento en la gabela de la sal, se crearon algunos oficios y dice Eduardo Ibarra y Rodríguez (115) que: “se puso a venta los cargos públicos”

El Parlamento alegaba la pobreza de la nación, “la primera necesidad del Estado replicó el rey, es arrojar a los españoles de nuestro territorio”. (116)

Con las pocas tropas que logró reunir en el primer momento comenzó el bloqueo, sitió y tomó Corbie que estaba en poder de los españoles y con grandes peligros logró poner defensas en las fortalezas.

Los españoles habían hecho sediciosas tentativas para apoderarse de: "Ruán, Poitiers, Reims y San Quintin" (117), y el archiduque Alberto abrigaba esperanzas de tomar a Metz y además reunía un ejército para auxiliar a Amiens, que Enrique IV después de una dura jornada en la que Mayena se distinguió peleando en sus filas, había sitiado y que al fin hubo de rendirse el 25 de septiembre porque el archiduque Alberto, no se resolvió a arriesgar una batalla para salvar la plaza.

La toma de Amiens hizo determinar al rey de España a pedir la paz por mediación del Pontífice Clemente VIII, ya que la guerra era costosa para ambos monarcas; sus tesoros estaban exhaustos y sus ejércitos fatigados; además Felipe II sentía contados sus días y quería dejar a su hijo una herencia pacífica y preparar el porvenir de Clara Eugenia a quien se proponía dejar los Países Bajos.

Como Enrique IV en 1596 había celebrado la alianza con Inglaterra y Holanda, consultó al gobierno holandés y dió cuenta de su propósito a la reina Isabel, (118) que "rogándole si el estado de sus asuntos no le permitía tomar parte con el tratado que mediaba con España, que le diese a conocer claramente lo que debía hacer para conservar la inteligencia y la amistad entre las dos coronas, porque siempre prefería una aliada como ella a enemigos reconciliados como los españoles". Eduardo Ibarra y Rodríguez (119) dice: que "la fría acogida que hubo de dispensar Isabel a sus proposiciones fué natural, dadas las circunstancias, y no pudo nunca ser tomada como motivo para hacer traición a las obligaciones que tenía contraídas".

El 12 de enero Enrique IV autorizó a sus representantes para que entablasen con el Archiduque negociaciones de paz en Vervins (Picardía). El rey de Francia juzgó necesario insistir en que Inglaterra y las Provincias Unidas fuesen comprendidas también en el tratado de paz, si así lo deseaban; pero ni Isabel ni las Provincias quisieron adherirse a él. Una vez concluido ésto, se firmó la paz en Vervins el 2 de mayo de 1598, de acuerdo con las bases del tratado de Cateau-Cambresis.

Enrique tuvo firmeza bastante para no consentir que los españoles conservasen ninguna de las plazas que habían conquistado

en picardía, tales como Calais, Andrés, Doullens, el Catelet y Blavet en Bretaña, pero restituyó a España el condado de Charolais en la Borgoña.

Con estas condiciones los dos reyes se juraron alianza. Terminado el tratado, asegura Guizot (120) que Enrique dijo: "Con esta plumada he realizado más hazañas que las que hubiera llevado a cabo en mucho tiempo con las mejores espadas de mi reino"

EDICTO DE NANTES

Mientras tanto, los hugonotes creyéndose desamparados, habíanse reunido para formar una organización política y en el caso de que el rey se les mostrara hostil, pensaban apoderarse de los impuestos públicos y aplicarlos en pro de su causa. Enrique IV se veía precisado a hacer frente a ese peligro que amenazaba a que los católicos, al ver que los reformados pudieran optar a la postre por el camino de otra guerra civil; por lo que se consiguió que la organización política de los reformados se armonizara con el Estado y estuviese subordinada al soberano.

Para regularizar la situación de los protestantes y lograr la paz interior, poco antes de la conclusión de la paz extranjera, Enrique IV había firmado y publicado en Paris el 13 de abril de 1598 el Edicto de Nantes. Asegura Oncken (121) que "este Edicto forma una nueva época en la historia de las religiones, porque con su publicación se intentó por vez primera establecer la igualdad de todos los ciudadanos de un Estado, pertenecientes a distintas confesiones" Enrique IV quería así que católicos y hugonotes olvidasen en la vida pública sus diferencias religiosas y que sólo tuviesen presente su calidad común de buenos franceses. El Edicto de Nantes fué declarado perpetuo e irrevocable, como fundamento principal de la unión y de la tranquilidad del Estado.

En el preámbulo de este célebre decreto se marca claramente el pensamiento del rey, pensamiento enteramente político que había sido el mismo de L'Hópital: "Que el santo nombre de Dios pueda ser adorado y alabado por todos nuestros súbditos, si no en una misma forma de religión al menos con la misma intención" (122) y (123)

El Edicto de Nantes trató de favorecer a los hugonotes con cierta ventaja, pero en sus disposiciones también se procuró atender los intereses de los católicos. En él se ordenaba que la religión católica fuese tolerada en todas partes, aún en las comarcas y ciudades exclusivamente protestantes, y que se devolvieran a la Iglesia los bienes confiscados por los protestantes, y que los reformados debían guardar las fiestas de los católicos, observar las Leyes Canónicas y pagar el diezmo. Así la religión católica fué reconocida como la religión del Estado; pero en cambio los reformados tenían el derecho de vivir en cualquier punto del reino, el ejercicio de su culto fué autorizado en la mayor parte de las ciudades, exceptuando la Corte, la ciudad de París, Lyon y Rouen y cinco millas alrededor; tenían permiso para que los señores feudales pudieran celebrar los oficios en sus castillos y los nobles de segundo orden recibir en sus casas hasta treinta personas a fin de practicar el culto privadamente, lo que garantizaba que el hecho de profesar la religión reformada no era ya nada reprehensible, sino un acto legal. También se garantiza la admisión de los reformados a los empleos y cargos públicos, así como el goce de todos los derechos civiles, el acceso a sus hijos en los colegios del Estado y Universidades, participando también en las instituciones benéficas, hospicios, hospitales. Derecho a publicar sus libros en ciertas ciudades. Mandamiento para crear una cámara especial que juzgara las causas de los hugonotes, en la que la mitad de los jueces serían protestantes y habría un representante reformado en la Cámara de París. En previsión de una posible ofensiva se les dió por ocho años cien plazas de seguridad como La Rochela, Montauban y Montpellier, y en su mayor parte fortalezas de importancia, cuyas guarniciones protestantes se encargó de pagar el rey. El monarca quedó facultado para nombrar a los comandantes de dichas plazas, aunque debían ser necesariamente protestantes y aceptadas por éstos. Se autorizó a los hugonotes a convocar sínodos según su disciplina garantizando su libre permanencia. Se prohibió desheredar a los parientes por causa de religión, atacar a los hugonotes en el púlpito y tratar de sobornar a los niños. El rey amnistiaba a quien quiera que hubiera sido condenado por su fé. Los

protestantes pudieron reunir asambleas periódicas, constituídas a semejanza de los Estados Generales y tener diputados en la corte para presentar sus demandas y quejas de acuerdo con los mediadores oficiales de séquito real, Sully, Mornay y D'Aubigné.

Los puntos citados, según la mayoría de los autores que he tenido la oportunidad de consultar, fueron los más importantes del Edicto de Nantes, el que quedó constituido con noventa y dos artículos públicos y cincuenta reservados que reproducían en general las estipulaciones contenidas en todos los tratados de paz concluidos en tiempo de las disenciones civiles. Como puede suponerse, el Edicto encontró por de pronto, resistencia en todas partes, porque no satisfizo completamente las ambiciones de cada partido, ocasionando serios disturbios en el Parlamento de París y varios delegados de las provincias se negaron a registrarlo, calificándolo el Papa de impío.

Enrique IV tuvo que vencer todas las oposiciones y necesitó arrancar al Parlamento de París el registro del Edicto (1599). Lo defendió cuanto pudo contra interpretaciones abusivas y restringió o extendió según su voluntad los efectos de él conforme a las circunstancias. Sin embargo, procuró que sus cortesanos, oficiales y empleados protestantes, se pasaran al catolicismo, otorgando sus favores a aquellos que accedían a este deseo.

La época no estaba preparada para los altos fines que el Edicto de Nantes se proponía, pero a pesar de todo, los doce años siguientes a su promulgación fueron de prosperidad para los franceses y la iglesia protestante estuvo tranquila durante el reinado de Enrique, aunque no asegurada para el porvenir.

La fecha de la expedición del Edicto se puede considerar como un bello eslabón en la marcha de la libertad espiritual.

RESURGIMIENTO DE FRANCIA DURANTE EL REINADO DE ENRIQUE IV Y SU MINISTRO SULLY

La paz de Vervins, la sumisión de Mayena y el Edicto de Nantes pusieron fin a las guerras de religión que habían ensangrentado tanto a Francia.

Enrique IV había recobrado su reino, pero pobre, dividido y anarquizado, con una deuda considerable. La inmensa tempestad provocada por querellas de partidos había dejado una Francia en ruinas, las aldeas quemadas y abandonadas, los caminos y puentes destrozados. Fué crecido el número de muertes provocadas por el hambre y la miseria ya que los campos permanecían abandonados, sus ganados perdidos, no había labranza desarrollándose por consecuencia el bandidaje y el saqueo de castillos. Multitud de mendigos se desbordaban por las ciudades infestadas por la peste. No había industrias y el tesoro de Francia estaba vacío. El Estado carecía de todo, pues el desorden administrativo y el exceso de soldados licenciados amenazaba la más completa bancarrota.

Durante la guerra el rey había pedido mucho dinero en préstamo a príncipes y banqueros de otras naciones. Ya no se recaudaban impuestos y los gobernadores desdeñaban la autoridad del rey.

Era lastimoso el estado del país, la situación misma de su capital en la época en que Enrique IV tomó posesión de la misma asegura *Sedgwick* (124) que: "Quien hubiera dormido cuarenta años, pensaría ver, no la Francia, sino un cadáver de la Francia" La suerte máxima de la nación fué que en época tan crítica encontró a un gran rey asistido de un gran ministro.

Enrique quiso restaurar el orden y levantar a su país de las ruinas en que se encontraba. Estaba todo por hacer, pero afirma *Sedgwick* (125) que él decía: "esto deberá ser hecho poco a poco, París no fué construído en un día. Pongan un buen ejemplo y enseñen al pueblo a ser tan rápido en realizar el bien, como antes lo fué en obrar mal".

De la aptitud de Enrique IV dependían el orden, la paz y hasta la unidad de Francia. Los grandes resultados del reinado comenzaron a aparecer. Para la tranquilidad del pueblo, mandó ejecutar algunos bandidos, con lo que consiguió que actos de esta índole se hicieran raros. Los nobles habían sufrido grandemente al ver reducidos lastimosamente sus ingresos por no percibir el pago de sus rentas. Enrique favoreció a la pequeña nobleza y facilitó su

acceso a las fuerzas armadas. Y después de la paz de Vervins, prohibió el uso de las armas de fuego.

Al lado del rey se encontraba su primer ministro Maximiliano, duque de Sully, excelente financiero y colaborador inseparable cuyo mérito consiste en haber sabido aumentar considerablemente, con su hábil, prudente y celosa administración de los feudos públicos, los ingresos extraordinarios del reino. Puso tasa a la codicia de los hacendados y reprimió la avidez de los contratistas. El labrador se vió protegido por leyes especiales contra todas las persecuciones, quedando prohibido que se les embargara sus útiles de labranza.

Asegura Oncken (126) que Sully prodigó su protección a los campos diciendo que: "la agricultura y la ganadería constituían los dos pechos que alimentaban a Francia" Durante mucho tiempo, el gobierno de Enrique fué considerado por los labradores franceses como una edad de oro. Impuso castigos muy severos a los contrabandistas. El rey para hacer desaparecer la holganza en la corte, hizo que los nobles se ocuparan de sus propiedades, trató de someterlos al desempeño de empleos comunes y prohibió los duelos.

El monarca procuró que el pueblo se dedicase al comercio y al trabajo. Aplicábase principalmente a estos fines y Oncken (127) asegura que decía: "que la libertad del comercio que hacen los pueblos y súbditos del reino con sus vecinos y con el extranjero era uno de los principales medios para darles bienestar y riqueza" De acuerdo con esa política, la exportación de cereales fué permitida en todo el reino, llevándose al extranjero grandes cantidades de granos.

El mérito de Enrique IV consiste en que comprendió el poder productivo de su pueblo y lo exhortó para llevar a cabo sus empresas. Se interesaba por conocer los problemas por los cuales atravesaba la clase menesterosa. Iba por sí mismo procurando resolver todo y reconocía que para enriquecer a un príncipe era necesario enriquecer a sus súbditos. Afirma César Cantú (128) que el monarca decía: "espero vivir bastante, para que cada campesino pueda tener los domingos una gallina en el puchero".

Enrique IV encontró un tesorero genial en el calvinista duque de Sully que obtuvo de los viejos impuestos una nueva productividad. Las contribuciones que no se habían vuelto a pagar fueron substraídas a los señores y entregadas al Estado estableciéndose una estricta contabilidad.

Los precios habían subido considerablemente, lo que hacía que el costo de la vida fuera sumamente difícil a las familias pobres quienes sólo podían subsanar las más apremiantes necesidades. Los impuestos eran mayores que nunca, por lo que Enrique trató de abolir gran mayoría de ellos, ya que muchos servían para que se aprovecharan los nobles en perjuicio de la población.

El rey con el fin de conseguir que se percibieran los impuestos sin oprimir directamente a los súbditos, se dejó llevar hacia una funesta determinación. Desde los tiempos de Luis XII se compraban los empleos hacendarios y desde la época de Francisco I los de la administración de justicia; pero ésto sólo beneficiaba al comprador y Enrique hizo desaparecer los últimos obstáculos que se oponían a ese tráfico. Asegura Oncken (129) que a propuesta de su consejero de hacienda, Carlos Paulet, dispuso a fines de 1604 "que el propietario de un cargo pudiera convertirlo en una propiedad privada completa, hereditaria y transmisible por venta.

Cierto que el rey estableció algunas limitaciones tales como la de que los pretendientes de los cargos estuvieran subordinados al resultado de un examen de las cualidades morales y científicas de los aspirantes, reservando al monarca el derecho de poder, es decir, a la muerte del propietario del destino, el rey podía cederlo a su arbitrio a la persona que mediante el pago y los requisitos estipulados se hiciera acreedor a él. Dice Oncken (130) que "los precios de los cargos subieron extraordinariamente llegando a ser objeto de especulación".

Los resultados de ese sistema se sintieron muy pronto siendo el descontento general, pero el odio sólo era para el duque de Sully, ya que Paulet a consecuencia de sus inovaciones fué asesinado (1609). Sin embargo estos dos hombres y el rey, tenían sin duda una disculpa que era la pobreza de la hacienda al terminar la guerra civil y la elevada deuda pública que ascendía a trescientos

tos cuarenta y ocho millones y medio de libras, siendo insuficientes todos los ingresos anuales del Estado, que llegaban a treinta millones de libras, porque era mayor la deuda que los ingresos normales.

Los servicios de Sully y el rey son indiscutibles ya que rebajaron las contribuciones directas que pesaban sobre las clases menos acomodadas, procediendo a un reparto más equitativo. Así recayó el peso de los impuestos sobre los ciudadanos acomodados que durante las guerras religiosas habían sabido eludir de sus obligaciones fiscales el pago y se puso coto a los fraudes y vejaciones de los recaudadores.

El monarca favoreció la industria, con la cual se proponía conseguir un fin moral a la par que práctico. Sus intenciones eran las de mejorar la condición de las clases bajas y elevar a Francia al nivel que le correspondía entre las naciones de Europa. La industria no prevalecía sobre la agricultura; pero también a ella le fueron allanados los caminos, abiertas nuevas posibilidades y dilatado el campo de producción. La industria naciente de la seda floreció en Lyon por estar vedada la entrada de sedas italianas. Los lienzos llegaban de Holanda, favorecida la importación por la corona y por eso resurgió la industria flamenca del tejido de tapices y gobelinos que fué arte tradicional.

Las sumas de dinero empleadas antes para la compra de sedas y tejidos se utilizaron en la fundación de fábricas y en el empleo de magníficos obreros extranjeros a quienes con gran facilidad se concedía carta de naturalización y que adiestraron a los trabajadores franceses, quienes acabaron por superarles. En poco tiempo surgió gran número de fábricas sederas, siendo considerado Enrique como el verdadero fundador de este cultivo en Francia.

Asegura Oncken (131) que el rey "alentó el cultivo de las moreras e hizo plantarlas en número considerable en cada diócesis, en París, Orleans, Tours y Lyon". A instancia del rey, Oliverio Serres caballero protestante y muy adicto a este cultivo, "publicó en 1599 su tratado de la recolección de la seda y la alimentación de los gusanos que la hacen, y probaba que donde brotaba la viña, se podía plantar con todo éxito la morera blanca" según Lavisse

Raubaud. (132). El rey protegió activamente las manufacturas de vidrio, cristal, telas, mantas de oro y plata. Sin embargo, Sully desconoció la importancia de la industria, despreciando a los artesanos y con frecuencia reprendía al rey por oír los consejos de Oliverio Serres.

Durante el apogeo del reinado de Enrique, hubo sobreproducción por lo que se procuró la exportación evitando así, que el exceso en unas provincias fuera inútil, mientras en otras vecinas existiera escasez. Para conseguir que la agricultura y la industria se estimularan, el rey comenzó a trabajar con vigor construyendo caminos, puentes, canales; en este sentido el monarca tuvo el mejor auxiliar en su ministro Sully, que fué nombrado gran maestro de caminos de Francia, abrió una gran red de vías de comunicación que, por su belleza y magnificencia, fué un ejemplo para las demás naciones europeas. A ambos lados de las carreteras, se plantaron olmos a los que se llamó "Rosny", por el apellido familiar que se le daba a Sully.

Este ministro se interesó también por hacer una visita general a las fronteras del reino, especialmente a las costas marítimas, para formar cartas geográficas exactas en las que se indicaron con preferencia los puntos convenientes para construir puertos y ensenadas, con el objeto de hacer a Francia tan poderosa en el mar como en la tierra. El principal puerto de exportación fué Marsella, que como centro de tráfico recobró gran importancia reportando al país ganancias considerables.

El rey Enrique estimuló la libertad de comercio con Inglaterra, mediante algunos impuestos y vió cuán inmensa ventaja debía reportar al comercio de su país el establecimiento de colonias y el mérito que con tal servicio contrajo es laudatorio, ya que en este punto tuvo que proceder contra el parecer de su ministro Sully, que apegado a la tradición se mostraba inaccesible y contrario a toda innovación, considerando como un robo hecho a Francia todas las mercancías que se importaban.

Enrique fué gran edificador y protector de las artes. Embelleció y saneó ciudades. Aseguran Veit Valentin (133) y Lavisse (134) que "mientras que fué dueño de París, decía la gente, que

sólo albañiles se veían por la ciudad". El mérito que le reconocieron sus contemporáneos fué el haber construído edificios útiles, contribuyendo a la magnificencia de la capital. Todas las ciudades francesas anteriores a la época de preponderancia de Enrique IV según Oncken (135) eran "feas y pobres, conjunto de callejones estrechos, tortuosos y sucios; con varias plazas que apenas merecían el nombre de tales y que no tenían ni regularidad ni anchura, ni bastante luz ni aire. Construían casas fuera de la línea de la calle interceptando las vías públicas"

El rey comenzó, de acuerdo con sus planes a este propósito, por llevar luz y aire. Abrió nuevas calles, grandes vías y surgió un barrio completamente nuevo; dió reglamentos para que se secaran los pantanos y se profundizasen las minas, se crearon barrios, mejoró los empedrados y edificó la Plaza Real que fué portento de belleza. El fué quien terminó el segundo puente transitable de piedra que hubo en París, el Puente Nuevo, "en el cual se alza actualmente la estatua del Bearnés" como asegura Oncken (136); en el punto en que el Puente se apoya la isla del Sena, hizo construir una plaza y varias calles. Fuera de París construyó o retocó castillos tales como Saint-Germain, Fontainebleau y otros y organizó postas en los principales caminos. Las corrientes de agua fueron desembarazadas de una parte de los obstáculos que impedían su curso y algunos pequeños afluentes del Sena se hicieron un poco más navegables.

Dice Le Bas (137) que también "construyó entonces el Canal de Briare que une al Sena con el Loira" Enrique fundó en 1604 un establecimiento de inválidos en el arrabal de San Marcelo, en La Fleche, una especie de escuela de cadetes y en su propio palacio una academia militar. La "Gran Galería" del Louvre, sala colosal, que es su creación.

El rey fué un verdadero Mecenas. Cuidó de alentar el conocimiento superior y las ciencias, pero dice Oncken (138) "que la enseñanza en poblaciones rurales casi era nula" Mostró además, gran celo en favor de la literatura y restableció el colegio real, hoy de Francia que había sido fundado por Francisco I y destruído durante las guerras religiosas.

Además del latín y el griego, mandó enseñar el hebreo. El rey colmó de presentes y de pensiones a los sabios y poetas franceses y extranjeros. Floreció la ciencia histórica con D'Aubigne, de Thou y otros. Rubens interpretó el esplendor de la corte de Francia en brillantes cuadros. Profundamente francesa y clásica fué la poesía exquisita de Malherbe, Ronsard y la prosa de Montaigne. Enrique protegió a artesanos renombrados de padre a hijos entre otras familias a las del ebanista Boulle.

Afirma Lavisse (139) que cuando estuvo terminada la gran galería del Louvre, el monarca hizo el piso bajo en tiendas y viviendas diciendo: "Hemos hecho disponer el edificio en tal forma, que podemos alojar allí cómodamente a gran número de los mejores obreros y de los maestros más aptos que pudieran hallarse, tanto de pintura, escultura, orfebrería, relojería, como de otros varios y excelentes artes, tanto para servirnos de ellos, como porque se mantengan trabajando todos nuestros súbditos"

El reinado a que nos referimos, significó la culminación de la obra que abrigaba en su mente Enrique IV, ya que el pronto resurgimiento de este país, fué para Europa una verdadera sorpresa.

Importa sobre todo, como dice André Ribaud (140) "no atribuir a Enrique IV más de lo que él quiso hacer. Asegura que ante todo él era soldado y si apreciaba el valor de la paz, era para mejor prepararse a reanudar la guerra. Afirma el mismo autor, que no fué tanto a él como al agotamiento mismo de la nación a lo que el pueblo debió diez años de paz. Tan pronto como el país hubo "tomado aliento", Enrique IV pensó en la guerra".

CAPITULO VI.

Ultimos Tiempos de Enrique IV

ULTIMOS TIEMPOS DE ENRIQUE IV

I.—Últimos tiempos de Enrique IV. II.—Guerra con Saboya. III.—Mediación de Francia entre la Santa Sede y la República de Venecia. IV.—La Política Europea. V.—Sucesión de Cleves. VI.—Los príncipes de Condé.

Enrique IV estaba en paz con toda Europa, excepción hecha del duque de Saboya, Carlos Manuel I, por la controversia que existía con respecto al marquesado de Saluces del que se había apoderado este último durante las guerras civiles, y que en virtud de lo que se acordó en el tratado de Vervins, el territorio en disputa se había asignado a Francia, por lo que Enrique reclamaba su restitución. Sin embargo, propuso al duque el cambio de Saluces por Bresse y ciertos territorios limítrofes, dándole tres meses para que meditase la oferta. Como Carlos Manuel dejara pasar el término concedido, Enrique IV envió a Bruselas al mariscal Biron, al que apreciaba mucho por su valor y pericia militar, a presentar la ratificación del tratado de Vervins.

Era evidente que el duque de Saboya permanecería resuelto a conservar Saluces, aún con las armas en la mano, y no ignorando la debilidad del ambicioso mariscal de Birón, le prodigó elogios logrando ganarlo sin dificultad para entablar inteligencias secretas con las cortes de Bruselas, Madrid y Saboya. En cambio los ministros españoles le prometieron la soberanía de Borgoña y el matrimonio con una de las hijas del duque de Saboya, por lo que recibiría una dote considerable.

Con estas ideas, corrompido por las sugerencias de su favorito Lafín que también estaba sobornado, volvió de Bruselas a París y se puso al frente de los descontentos del reino de Francia para el caso de que se declarara la guerra en contra del país, entonces estar listo a tomar el mando y combatir a Enrique IV.

El monarca francés tuvo algunas sospechas de la conspiración que se tramaba y como Sully conocía la mala fé de Carlos

Manuel, había preparado dos ejércitos y excelente artillería por lo que Enrique IV en agosto de 1600, declaró la guerra al duque de Saboya, bajo pretexto de recobrar el marquesado de Saluces.

Asegura Michelet (141) que el duque al saber la noticia de la guerra dijo: "Durará cuarenta años la ocupación de Saluces", pero la guerra se terminó en una sola campaña, bastando cuarenta días, sino para terminarla al menos para decidirla.

El rey se puso al frente de un ejército y dió el mando del otro al mariscal de Birón, que perplejo, tuvo que aceptarlo para no descubrir sus malas intenciones. Sin embargo, el mariscal hizo todo lo posible para malograr la empresa, pero los medios de defensa del duque de Saboya eran tan cortos, que Birón se vió forzado a manifestar su traición. Lafin que estudiaba cuidadosamente las acciones del mariscal y viendo que éste vacilaba algunas veces en sus determinaciones, empezó a guardar con mucho cuidado todos los papeles y memorias que Birón le mandaba quemar, para servirse de ellos en tiempo oportuno, si la imprudencia o el arrepentimiento de su amo llegaba a descubrir la empresa.

El 13 de agosto de 1600 las ciudades de Bourg, en Bresse, y de Montmeliau, en Saboya, fueron tomadas por asalto y la de Chambéry abrió sus puertas a las tropas del rey de Francia. La rendición de la ciudadela de Montmeliau completó la ocupación militar de Saboya y Bresse sin más excepción que la ciudadela de Bourg. El rey, cuya presencia no era ya necesaria en el ejército, pasó a Lyon a recibir a su nueva esposa María de Médicis, hija de Francisco II, gran duque de Florencia. Su matrimonio con Margarita de Valois había sido declarado nulo, por haberse efectuado sin el consentimiento de ambos, ser parientes en tercer grado y no existir descendencia. Se había hecho grande oposición al divorcio en vida de Gabriela de Etrées, porque se temía que el monarca se casara con la favorita; pero habiendo cesado esta dificultad, Margarita se prestó de buena gana al divorcio con lo que aumentaba su independencia para entregarse a la vida amorosa. Las bodas de Enrique IV y María de Médicis fueron celebradas con gran regocijo por el pueblo, deseoso de tener sucesión legítima de su rey.

El 17 de enero de 1601 el duque de Saboya vióse en la necesidad

de entrar en negociaciones, cediendo en cambio de Saluces los territorios de Bresse, Bugey, Gex, Valromey, en vez de una indemnización de guerra. El monarca redondeó de esta suerte su territorio de Francia, aumentando el júbilo de la nación con la noticia de la paz, aunque no todos los franceses quedaron contentos de la permuta por abandonar a Italia protestante.

Las negociaciones, entrevistas y viajes clandestinos que continuaban los agentes de Birón, infundieron en el rey graves sospechas contra él, por lo que el mariscal arrepentido determinó descubrirle la trama guardándose de ocultar las circunstancias más importantes de su traición y en el claustro de los franciscanos de Lyon, dijo que su objeto había sido lograr la mano de una princesa de Saboya y pidió que le perdonase esta negociación entablada sin su consentimiento. Enrique lleno de bondad, lo abrazó concediéndole el perdón que solicitaba, pero advirtiéndole que la reincidencia lo llevaría a la muerte. Birón, libre del peso que le oprimía, no dejó sus correspondencias con el de Saboya que lo tenía sujeto a su ascendiente lisonjeando su vanidad y su ambición.

Al poco tiempo Enrique IV envió al mariscal como embajador a Inglaterra, para dar cuenta de su casamiento a su amiga y aliada la reina Isabel; pero al volver él a Francia se convirtió en el alma de una conspiración que acabó con serias complicaciones para el Estado. Los primeros síntomas de la conjura fueron sofocados por el monarca con su franqueza y bondad habituales, asegurando al pueblo el equilibrio de los impuestos para tranquilidad. Sin embargo, el volcán estaba a punto de hacer erupción, ignorando el rey de donde podía surgir el peligro. Entre tanto Birón decidido a destruir los vestigios de sus compromisos anteriores con los españoles, acordó con el de Saboya dar muerte a Lafin, pero éste, más diestro o más suspicaz supo que el mariscal seguía conspirando y que ya no se fiaba de él.

Lafin no dudando que Birón llegaría a perderse y que en sus declaraciones lo colocarían en grave riesgo, determinó escribirle al rey pidiéndole una entrevista en la que le haría revelaciones de gran importancia, implorando en premio de ello su indulto. El monarca le dió la seguridad del perdón y le mandó venir a la corte. Lafin

descubrió ante Enrique IV, las traiciones del mariscal, presentando toda la correspondencia que había guardado cuidadosamente, entre éste, el gobernador de Milán y el duque de Saboya, quedando con esto enterado de todas las intrigas de su corte. Además, Lafin dió a conocer el quimérico proyecto que se tenía de transferir la corona a la familia de Verneuil, a pesar de que el rey ya tenía sucesión.

A la muerte de Gabriela, la favorita del monarca vino a ser Enriqueta de Entragues, más tarde marquesa de Veneuil a quien le dió promesa de matrimonio sin cumplirla por el enlace efectuado con María de Médicis, ocasionando una guerra entre ambas. Sintiendo humillada Enriqueta, sus propósitos eran como afirma Segur (142) "desavenir al rey con su mujer, obligarle a que la enviase a Italia, a declarar nulo su matrimonio, y reclamar entonces los derechos que según ella creía, le daba la antigua promesa de Enrique".

En esta conspiración además de Birón se encontraban el padre de Enriqueta, conde de Entragues, el conde de Auvernia, y el duque de Bouillon medio hermano de Enriqueta y otros muchos descontentos. El rey mandó llamar a Birón a la corte, que estaba entonces en Fontainebleau. El mariscal consintió en presentarse el 12 de junio de 1602. Enrique IV a solas le instó a que le confesase su falta, prometiéndole el perdón. Birón que no sabía lo de Lafin, dijo que nada tenía que añadir a su confesión de Lyon, por lo que fué juzgado y condenado a muerte por el Parlamento el 31 de julio en la Bastilla.

Quedaba pendiente la familia de Entragues, que irritada, tenían el proyecto de apoderarse de la persona del rey, hacer valedero el documento que el monarca había entregado a Enriqueta y en ésta forma el hijo de ésta sería legítimo Delfín, contando por supuesto con el auxilio de los españoles que habían prometido asilo a la marquesa de Verneuil. Enrique IV cansado de tan continuas asechanzas, resolvió prender al conde de Auvernia, al de Entragues y a la marquesa de Verneuil para formarles causa. Acusóseles de haber conspirado con los españoles, por lo que el 1º de febrero de 1605, el Parlamento de París sentenció a ser decapitados a los dos condes y a un inglés llamado Morgan que sirvió de mediador; en cuan-

to a la marquesa de Verneuil sería reclusa perpetua en una abadía religiosa. Pero la bondad del rey una vez más se puso de manifiesto conmutando la pena de muerte del conde de Auvernia por una condena en la Bastilla y el de Entragues fué desterrado a Malesherbes. Se acordó que Morgan fuera también desterrado del reino para siempre, y a Enriqueta después de siete meses, la hizo declarar inocente.

En algunas ocasiones Enrique IV dió muestras de gran condescendencia y devoción, como en el caso de los jesuítas, que habiendo sido desterrados por decreto del Parlamento de París después del atentado de Juan Châtel, el 29 de diciembre de 1594, a instancias del Papa Clemente VIII y María de Médicis, en 1603 él los acogió bondadosamente, a pesar de esto, y aún en contra de la fuerte oposición de los protestantes y del mencionado Parlamento.

El monarca consiguió sofocar todas las tentativas de sublevación que contra su persona o contra el poder real se habían organizado. En 1606 tuvo que someter al duque de Bouillon que por el temor de perder su fortaleza de Sedán, mantenía comunicaciones secretas con los descontentos de la corte de Francia que deseaban cambios en el gobierno. El ejército real sitió dicha plaza, la que tuvo que capitular y consentir en que la ciudad recibiera una guarnición francesa, para impedir que el duque abusara de su soberanía la que consintió el rey que conservara.

MEDIACION DE FRANCIA ENTRE LA SANTA SEDE Y LA REPUBLICA DE VENECIA.

En 1605, a raíz de la subida al Pontificado de Paulo V, hombre enérgico y emprendedor, se creó una situación tirante entre el Papa y la República de Venecia a quien el propio Paulo V quería someter a su dominio, temiendo la jurisdicción de la República sobre el clero.

Pronto encontró la oportunidad en un pretexto importante para consumir su proyecto, en el hecho de que el senado había encomendado a los jueces seculares el juicio de un canónigo y de un clérigo acusados de crímenes enormes. El Papa pidió la revocación de este decreto, como contrario a los derechos de la Iglesia. Ve-

venecia se negó a revocarlos por ser una potencia soberana e independiente, en consecuencia, con facultad de darse sus leyes.

En auxilio del Pontífice vino España, quien odiaba grandemente a los venecianos por su espíritu de independencia y ofreció al Papa elementos militares sabiendo que además en esta forma humillaba a Francia, nación aliada de Venecia, orillando a Enrique IV a que interviniera en la disputa.

El rey de Francia no tardó en ofrecerse como benévolo mediador entre ambas potencias, dando muestras en esta ocasión de prudencia y habilidad admirables manteniendo la paz. Envió a Venecia y a Roma a diplomáticos franceses, entre ellos al cardenal Joyeuse para entablar negociaciones.

Según Oncken (143) "la codicia de los españoles que exigían al Papa, a cambio de su auxilio, la evacuación de algunas importantes fortalezas, vino a favorecer al monarca francés".

El Pontífice supo que Inglaterra y Holanda ofrecían su apoyo a Venecia, por lo que no encontrando otro medio de salvación, tuvo que aceptar la mediación de los franceses, quedando el asunto arreglado, como dice Ibarra y Rodríguez (144) "según los deseos de Enrique aumentando su prestigio sin pérdida de vidas ni dinero".

Afirma Reinach (145) que "de hecho todos los pueblos oprimidos se volvieron al bearnés como si fuera un libertador y el árbitro de los demás".

Una mediación más gloriosa para Francia se verificó con feliz éxito entre España y las Provincias Unidas de Holanda, rebeladas cuarenta años antes contra su dominación.

El Archiduque Alberto que por haberse casado con la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, había recibido como dote de su mujer la soberanía de los Países Bajos; deseaba ardientemente la paz con los holandeses, por lo que ya habían tenido lugar unas treguas con ese fin, pero Mauricio de Nassau, príncipe de Orange se oponía, viendo amenazada no sólo su propia autoridad basada en el ejército, sino la unidad y estabilidad del Estado.

Enrique IV favoreció con sus subsidios a los holandeses, mandándoles refuerzos, abastecimiento y dinero para obligar a España a aceptar una tregua de doce años. Sus enviados procuraron conven-

cer al Archiduque Alberto para que reconociese de una manera oficial la independencia de la República Holandesa. Asegura Eduardo Ibarra y Rodríguez (146); que "Enrique rechazó toda proposición de tregua que no fuese acompañada del reconocimiento de la independencia holandesa". Sin embargo Oncken (147) afirma que la ayuda que el monarca francés prestaba a Holanda, "la hacía con el intento de forzarles a arrojarse incondicionalmente en los brazos de Francia y a reconocerle por soberano. El mismo autor afirma: (148) que "en las dos últimas décadas los holandeses, con sus propios esfuerzos, haciendo sacrificios de toda clase, y sin auxilio del extranjero, habían logrado rechazar a sus enemigos, y por lo tanto, sigue diciendo, el espíritu nacional y el de libertad republicana se habían fortalecido extraordinariamente. . ."

Aprobada la tregua de doce años, se firmó el 14 de abril de 1609, por lo que Enrique, después del beneficio que hizo, esperaba que los holandeses se lo pagasen concediendo en su territorio el libre ejercicio de la religión católica a los franceses; pero dice Segur (149), "que la intolerancia era el vicio dominante del siglo; y que el gobierno protestante de Holanda no dió oídos a la recomendación de Enrique".

Esta misma intolerancia impidió al rey recibir a los moriscos, que habitaban territorio español y a quienes se debía principalmente la prosperidad de que gozaban los reinos de Valencia y Granada por ser los principales explotadores de la agricultura, las artes y el comercio y que habiendo sufrido como dice Ibarra y Rodríguez (150), "por más de un siglo toda clase de opresiones en los terrenos religioso, nacional y político", pretendía Felipe III que olvidaran la religión mahometana, así como su idioma. También anhelaban liberarse ellos plenamente, por lo que entablaron negociaciones secretas con Enrique de Francia, quien aprovechó la ocasión para vengarse de las intrigas de España con sus súbditos y contribuyó con armas. Desgraciadamente para los moriscos, la conspiración fué descubierta y fueron expulsados de España en 1609, dándoles tres días para salir.

Como digo en párrafos anteriores, Enrique no accedió a recibir a los moriscos en suelo francés por temor a ser tildado de indiferente

en lo que se refiere a la fé católica. Así pasaron a Berbería con los medios de transporte que les proporcionó el monarca francés, confundiendo con las demas tribus mahometanas de aquel país.

POLITICA EUROPEA. SUSCESION DE CLEVES. LOS PRINCIPES DE CONDE.

Enrique IV era el protector nato de todos los que miraban con terror el excesivo poder de la casa de Austria y como deseaba con ardor pagar a España todos los males que esta potencia había causado a Francia, sabiendo que para la monarquía francesa no habría seguridad, mientras los Habsburgo quedasen tan fuertes y tan ambiciosos, trató de debilitarlos para colocar a su país fuera de todo peligro. Con este fin, trató de reunir a todos los descontentos contra España, Segur dice: (151) que " el duque de Saboya, tan unido hasta entonces a España, envidioso del infantazgo que se había dado al Archiduque Alberto en Flandes, deseando otro para sí y codiciando el Milanésado que nunca le cederían los españoles, buscó contra éstos la alianza del rey de Francia. Los príncipes protestantes de Alemania acudieron a Enrique y le solicitaban a hacer la guerra al emperador en defensa de su religión y de su independencia siempre amenazada". Sedgwick (152) afirma que la unión se efectuó entre "Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia, las Provincias protestantes y las ciudades de Alemania, Venecia y Saboya"

Enrique IV fué más lejos en sus planes al concebir, como lo dice la mayoría de los autores que consulté, su famoso "Gran designio" que era como dice Oncken (153) "de dividir a Europa en quince estados poderosos que a manera de república cristiana, formasen una eterna alianza de paz y uniesen todas sus fuerzas para arrojar a los turcos de Europa". El mismo autor opina que es altamente inverosímil que un político tan práctico y tan sensato como Enrique IV, idease un plan tan quimérico, precisamente él que siempre había mantenido tan amistosas relaciones con los turcos. Asegura que el origen del "gran plan" sólo estuvo en el pensamiento de Sully, como lo aprueba, Sedgwick (154) cuando considera que "Sully sabiamente atribuyó sus propias imaginaciones al rey Enrique con el fin de glorificar al monarca a quien había amado y servido".

En cualquier caso, la primera parte del plan que era la destrucción de la casa de Habsburgo, debía cumplirse primero, siendo una intriga amorosa del monarca francés, la que aceleró el momento de la agresión.

Enrique IV era un amante desenfrenado de los placeres. Así, cuando contaba cincuenta y seis años tuvo una ardiente pasión por la hija del condestable de Motmorency, Carlota de quince años, y para darle cierto aspecto decente a sus amores, habló del casamiento de su amada con el príncipe de Condé, ofreciendo a éste no turbar en nada su tranquilidad.

Apenas se efectuó el matrimonio, el rey renovó sus asiduidades, manifestando su amor con regalos. La joven princesa no fué insensible a las atenciones del monarca, por lo que su esposo la sacó de la corte de Francia, retirándose a sus posesiones de Picardía, por no considerarse seguro debido a la exigencia de Enrique IV de que volvieran a la corte y optó por huír con su esposa a los Países Bajos, es decir a Bruselas, implorando la protección del Archiduque Alberto y de Isabel Clara. Esta fuga espantó a Enrique, pues temía que Condé se aliara con España contra la seguridad del reino. Empezó entonces a prepararse activamente para la guerra y como en ese tiempo (1609) surgiera la disputa del ducado de Cleves y Juliers, pequeños estados que se encuentran en el Rin entre Holanda y Bélgica, el confuso arreglo sirvió a Enrique de pretexto para relizar sus fines.

Juan Guillermo, último duque de Cleves y de Juliers, acababa de fallecer sin dejar herederos y como todo arreglo pacífico entre los pretendientes era virtualmente imposible, se abrió el duelo entre Austria y Francia. Las casas de Austria, Brandeburgo y Neuburgo, se disputaban su sucesión. Enrique IV aliándose con los protestantes alemanes, utilizó la lucha hereditaria en contra de Austria. Pero las circunstancias en que se hacía la guerra y el amor no ignorado del rey a la princesa de Condé, dió amplia materia a los enemigos del bearnés, para que en las conversaciones y aún en el púlpito se pintase a la princesa, como afirma Segur (155) "como a una nueva Elena, que iba a ser el incendio de su patria, y al rey como un Paris incorregible, a pesar de sus años y de su dignidad"

Enrique iba a ponerse al frente de sus tropas, pero quiso ase-

gurar el gobierno del reino en su ausencia, confiriendo la regencia a su esposa María de Médicis. Y para darle más autoridad, consintió en hacerla coronar. Sin embargo, el monarca sentía la mayor repugnancia a la coronación de la reina y la rechazaba con una especie de temor supersticioso. El rey mandó publicar que la coronación sería en San Dionisio el 13 de mayo. La fecha de la ceremonia de su entrada en París fué fijada para el 16.

Al día siguiente de la consagración, el 14 de mayo de 1610, Enrique salió del Louvre para dirigirse al arsenal a visitar a su ministro Sully que estaba enfermo y al mismo tiempo para arreglar diversos negocios antes de partir de la capital del reino. Quería ver de paso los preparativos que se hacían en el puente de Nuestra Señora para la recepción de la reina. En la carroza iban al lado de él, D'Épernon, el duque de Montbazon, el marqués de La Force y cuatro señores de sus más íntimos, cuando al pasar por la estrecha calle de San Honorato, (La Ferronnerie) por la dificultad que presentaba el tránsito el coche del rey se detuvo, dando oportunidad a que un fanático de nombre Ravailiac, influido por las doctrinas regicidas de algunos escritores jesuitas y por los sermones que entonces se predicaban contra la expedición militar que proyectaba Enrique en favor de los herejes alemanes. Habiendo seguido Ravailiac el coche del rey desde el Louvre, saltó sobre la rueda atravesando el pecho de Enrique con dos golpes de puñal que le ocasionaron la muerte instantáneamente. Sin procurar huir, ni siquiera cuidándose de arrojar el cuchillo, permaneció allí para que le viesen y como queriendo vanagloriarse de su crimen.

D'Épernon pidió que lo conservaran vivo, pero ni los más terribles suplicios hicieron que el miserable de Angulema diera a conocer a sus cómplices, por lo que se creó que no los tuvo, ya que aseguró ser el único culpable. De tal modo, Ravailiac fué juzgado y acuartelado delante de un pueblo ebrio de venganza que se disputaba sus miembros para quemarlo.

Según Octave Aubry (156) "jamás el fanatismo tuvo más grande víctima".

El delito del asesino produjo una gran crisis, pues con Enrique IV desaparecieron sus grandes planes políticos. Asegura Octave

Aubry (157) que con razón dijo: "verán lo que yo valía cuando deje de vivir".

En vida fué calumniado y criticado. Muerto, ningún príncipe jamás ha sido tan llorado.

Lavisse y Rambaud (158) en su obra dicen que el protestante Enrique de Rohan escribió: "no se necesita ser francés, para sentir la pérdida que ha experimentado Francia en su felicidad".

Un niño y la regencia de una mujer inepta, fueron los sucesores de aquel monarca que dejó la obra de su vida incompleta.

CONCLUSIONES

El estudio del tema tratado, me conduce a sugerir las siguientes conclusiones:

Que dada la cercanía de Alemania a Francia y el espíritu inquieto de los hombres de este pueblo, era fácil que las ideas de la reforma religiosa hicieran prosélitos.

En virtud de la crisis moral que afectaba a las altas jerarquías católicas, había descontento no sólo entre los hombres pertenecientes al estado civil; sino también se notaba ese malestar entre los mismos integrantes del gran organismo sacerdotal, los cuales comenzaron por criticar mesuradamente la corrupción que se notaba entre las más altas autoridades y después esta crítica pacífica, se convirtió en lucha abierta terminando por separarse numerosos grupos de la Iglesia Católica que crearon otras confesiones. Esta lucha que se inicia en Alemania con Martín Lutero a la cabeza se propaga a otros países dando origen a las llamadas Guerras de Religión.

La represión que se llevó a cabo sobre los hombres que se acogieron al nuevo dogma, despertó el odio entre los mismos contra las autoridades civiles y eclesiásticas llevándolos a excesos también y lejos de someterlos exaltó aún más la nueva religión en su conciencia.

No sólo gente del pueblo acogió la nueva religión, sino que muchos nobles se declararon partidarios de la Reforma, dándole fuerza al movimiento religioso.

Enrique de Navarra está muy por encima de los gobernantes que lo precedieron en su país, por su espíritu de tolerancia y su sentido humano. Su reinado acreditó sus características de gran gobernante.

Gracias al Edicto de Nantes expedido por Enrique IV, se establecieron las bases espirituales que hacen posibles largos años de prosperidad y de paz en Francia.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

- 1.—Lavisse Ernesto.—“Historia Universal” (Valencia) T. X. p. 302.
- 2.—Lavisse Ernesto.—Op. Cit. T. X. p. 302.
- 3.—Lavisse Ernesto.—Op. Cit. T. X. p. 307.
- 4.—Lavisse Ernesto.—Op. Cit. T. X. p. 309.
- 5.—Lavisse Ernesto.—Op. Cit. T. X. p. 310.
- 6.—Torres de Castilla.—“Historia de las Persecuciones Políticas y Religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días”. (Barcelona 1864-66) T. II. Cap. I. p. 726.
- 7.—Segur Conde de.—“Historia Universal” (México 1849) T. VI. p. 432.
- 8.—Sternfeld R.—“Historia de Francia”. (Barcelona-Buenos Aires, 1926) p. 92.
- 9.—Aubry O.—“Histoire de France” (France, 1947) p. 10.
- 10.—Guizot M.—“Historia de Francia”. (Barcelona) T. III. p. 9.
- 11.—Le Bas.—“Historia de Francia”. (Barcelona, 1841) T. I. p. 353.
- 12.—Aubry.—Op. Cit. p. 158.
- 13.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 12.
- 14.—Torres de Castilla.—Op. Cit. T. II. p. 732.
- 15.—Seignobos.—“Historia Universal” (México, 1947) T. IV. p. 223.
- 16.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 19.
- 17.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 356.
- 18.—Torres de Castilla.—Op. Cit. T. II. p. 751.
- 19.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 53.
- 20.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 448.
- 21.—Aubry.—Op. Cit. p. 164.
- 22.—Guizot.—Op. iCt. T. III. p. 63.
- 23.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 69.
- 24.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 73.
- 25.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 377.
- 26.—Torres de Castilla.—Op. Cit. T. III. p. 428.
- 27.—Ribaud A.—“Historia de Francia”. (Francia, 1938-España, 1941) p. 100.
- 28.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 379.
- 29.—Ibarra y Rodríguez E.—“Historia del Mundo en la Edad Moderna”. (Buenos Aires, 1913) T. V. p. 68.
- 30.—Guizot.—Op. iCt. T. III. p. 86.
- 31.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 388.
- 32.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 469.
- 33.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 91.
- 34.—Cantú Cesar.—“Historia Universal”. (México, 1854) T. IV. p. 784.
- 35.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. V. p. 88.
- 36.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 97.
- 37.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 475.
- 38.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 394.
- 39.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 97.
- 40.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 476.

- 41.—Idem.
- 42.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 396.
- 43.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 476.
- 44.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 101.
- 45.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 102.
- 46.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 103.
- 47.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 477.
- 48.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 102.
- 49.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 400.
- 50.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 112.
- 51.—Dwight Sedgwick.—“Henry of Navarre” (Indianapolis, 1930) p. 180.
- 52.—Aubry.—Op. Cit. p. 172.
- 53.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 116.
- 54.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. V. p. 94.
- 55.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 404.
- 56.—Cantú C.—Op. Cit. T. IV. p. 78.
- 57.—Aubry.—Op. Cit. p. 173.
- 58.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 120.
- 59.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 481.
- 60.—Lagreze G. B.—“Henri IV” (Paris, 1885) p. 290.
- 61.—Maurois A.—“Histoire de la France”. Lib. II. (New York, 1947) p. 223.
- 62.—Maurois.—Op. Cit. L. II. p. 223.
- 63.—Aubry.—Op. Cit. p. 176.
- 64.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 406.
- 65.—Aubry.—Op. Cit. p. 177.
- 66.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 164.
- 67.—Reinach J.—“Histoire de la France”. (Paris) p. 120.
- 68.—Aubry.—Op. Cit. p. 177.
- 69.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 164.
- 70.—Cantú.—Op. Cit. T. IV. p. 185.
- 71.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 165.
- 72.—Sedgwick D.—Op. Cit. p. 276.
- 73.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 165.
- 74.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 409.
- 75.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 410.
- 76.—Aubry.—Op. Cit. p. 179.
- 77.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 167.
- 78.—Aubry.—Op. Cit. p. 179.
- 79.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. IV. p. 484.
- 80.—Oncken G.—“Historia Universal”. (Barcelona, 1919) T. 23. p. 111.
- 81.—Cantú.—Op. Cit. T. IV. p. 789.
- 82.—Sedgwick D.—Op. Cit. p. 276.
- 83.—Michelet J.—“Histoire de France”. Tome Dixieme. (Paris) p. 147.
- 84.—Michelet J.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 147.
- 85.—Michelet J.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 149.
- 86.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 144.
- 87.—Michelet J.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 153.
- 88.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 415.
- 89.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 416.
- 90.—Michelet.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 157.
- 91.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. V. p. 100.
- 92.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 114.
- 93.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 487.

- 94.—Michelet.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 158.
95.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 417.
96.—Maurois.—Op. Cit. L. II. p. 224.
97.—Michelet.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 173.
98.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 170.
99.—Reinach.—Op. Cit. p. 185.
100.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 422.
101.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 175.
102.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 176.
103.—Reinach.—Op. Cit. p. 223.
104.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 184.
105.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 172.
106.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 193.
107.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 172.
108.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 195.
109.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 172.
110.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 196.
111.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 517.
112.—Lafuente M.—"Historia General de España". (Barcelona, 1887-90) T. II. cap. XXI. p. 69.
113.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 494.
114.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 198.
115.—Ibarra y Rodríguez.—T. VI. p. 519.
116.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 495.
117.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 520.
118.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 204.
119.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 522.
120.—Guizot.—Op. Cit. T. III. p. 205.
121.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 166.
122.—Torres de Castilla.—Op. Cit. T. III. p. 445.
123.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 176.
124.—Sedgwick D.—Op. Cit. p. 271.
125.—Sedgwick.—Op. Cit. p. 276.
126.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 180.
127.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 180.
128.—Cantú.—Op. Cit. T. IV. p. 789.
129.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 177.
130.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 178.
131.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 183.
132.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 194.
133.—Valentín, Veit.—"Historia Universal". T. I. p. 536.
134.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 196.
135.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 188.
136.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 189.
137.—Le Bas.—Op. Cit. T. I. p. 433.
138.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 190.
139.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 196.
140.—Ribaud.—Op. Cit. p. 106.
141.—Michelet.—Op. Cit. Tome Dixieme. p. 270.
142.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 502.
143.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 202.
144.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 539.
145.—Reinach.—Op. Cit. p. 190.

- 146.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 542.
147.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 210.
148.—Idem.
149.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 512.
150.—Ibarra y Rodríguez.—Op. Cit. T. VI. p. 536.
151.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 512.
152.—Sedgwick.—Op. Cit. p. 292.
153.—Oncken.—Op. Cit. T. 23. p. 214.
154.—Sedgwick.—Op. Cit. p. 295.
155.—Segur Conde de.—Op. Cit. T. VI. p. 513.
156.—Aubry.—Op. Cit. p. 190.
157.—Aubry.—Op. Cit. p. 189.
158.—Lavissee.—Op. Cit. T. X. p. 184.

B I B L I O G R A F I A

ARAGON, AGUSTIN.

PROMULGACION Y REVOCACION DEL "EDICTO DE NANTES".
Oficina Tip. de la Sría. de Fomento.
Calle de San Andrés Núm. 15 (Avenida Oriente 51).
México, 1896.

AUBRY, OCTAVE.

de l'academie Francaise.
"Histoire de France".
Collection "L'Histoire".
Des origines au temps présent.
Droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés pour tous les pays.
Copyright 1947.
Ernest Flammarion.
Printed in France.

CANTU, CESAR.

"Historia Universal".
Biblioteca Universal Económica.
Tomo IV.
Traducción por Antonio Ferrer del Río.
Andre Boix, Editor, Impresor y librero.
México, 1854.

DWIGHT SEDGWICK, HENRY.

"Henry of Navarre".
The Bobbs-Merril Company.
Publisher. Indianapolis.
Copyright 1930.

GOETZ, WALTER.

"Historia Universal".
Tomo V.
Espasa-Calpe.

GUIZOT, M.

"Historia General de Francia".
Traducida por el Dr. Federico Schawartz.
Tomo III.
José Espasa, Editor.
221 Calle de las Cortes, 221.
Barcelona.

HANOTAUX, GABRIEL.

"Histoire de la Nation Française".
Tomo IV par Louis Madelin.
Librairie Plon.
Paris.

HISPANO AMERICANO.

Tomo VIII.
Montaner y Simón.
Barcelona, 1891.

IBARRA Y RODRIGUEZ, EDUARDO.

"Historia del Mundo en la Edad Moderna".
Publicada por la Universidad de Cambridge.
Con la colaboración de los principales historiadores
Españoles y Latino-Americanos.
Tomo V y Tomo VI.
La Nación — San Martín 344-354.
Buenos Aires, 1913.

LAFUENTE, MODESTO.

"Historia General de España".
Tomo II Cap. XXII.
Montaner y Simón, Editores.
Calle de Aragón Núm. 225.
Barcelona, 1887-90.

La GREGE, G. B. de.

"Henri IV".
Vie Privée-Details Inédits.
Librairie de Firmin-Didot Et Cie.
Imprimeurs de L'Institut.
Rue Jacob 56.
París, 1885.

LAROUSSE.

"Gran Diccionario en Francés".

LAURENT, F.

"La Historia de la Humanidad".
Traducción de: Don Nicolás Salmerón y
Alonso y Don Angel Fernández de los Ríos y Don
Tomás Rodríguez Pinilla.
Tomo III.
Casa Editorial y administración de la viuda de Rodríguez.
Madrid, 1881.

LE BAS, Ph.

"Historia de Francia".
Tomo I.
Traducida al Castellano por una sociedad literaria.
Imprenta del Nacional.
Barcelona, 1841.

MASPERO, G. J. MICHELET, ERNESTO RENAN, VICTOR DURUY, Etc.

"Historia Universal".
Escrita por individuos del Instituto de Francia.
Dirigida a partir del Siglo IV por Ernesto Lavisse y
Alfredo Rambaud. Profesores de la Universidad de París.
Traducción por Vicente Blasco Ibáñez.
Tomo X.
Germanías 33, Valencia.

- MAUROIS, ANDRE.*
de l'academie Francaise.
"Histoire de la France".
Libro II. Renaissance et Reforme.
Editions de la Maison Francaise, Inc.
Copyright 1947 by 610 Fifth Avenue.
New York, N. Y.
- MELD, H.*
La Rousse illustree nouveau.
- MICHELET, J.*
"Histoire de France".
Oe uevres Completes.
Edition Définitive,
Revue et Corrigée.
Tome Dexieme. Enrique IV.
Ernest Flammarion, Editeur.
26, Rue Racine, pres L'odéon.
Tous Droits réservés.
Paris
- MONTPALAU, ANTONIO.*
"Cronología Histórica de los Soberanos de Europa".
En la Oficina de D. Miguel Escribano a costa de la Real
Compañía de Impresores y Libreros con las licencias necesarias.
Madrid, 1784.
- ONCKEN, GUILLERMO.*
"Historia Universal".
Tomo 23.
Calle de Aragón núm. 225.
Barcelona, 1919.
- PAGES, GEORGES.*
"La Monarchie D'ancien Régime en France".
(De Henri IV a Louis XIV).
4^e Edition.
Librairie Armand Colin.
103, Boulevard Saint-Michel.
Paris, 1946.
- PASTOR, LUDOVICO.*
Profesor de la Universidad de Innsbruck y director del Instituto Austriaco de
Roma.
"Historia de los Papas desde fines de la Edad Media".
Tomo V. Paulo III. 1534-1549.
Gustavo Gili, Editor.
Calle Universidad 45.
Barcelona, MCMXI.
- RANKE, LEOPOLDO Von.*
"Historia de los Papas en la Época Moderna".
Traducida del Alemán por Eugenio Imaz.
Fondo de Cultura Económica.
Pánuco 63. México.

REINACH, JOSEPH.

"Histoire illustrée de la France".
Librairie Hachette.
79 Boulevard Saint-Germain.
París.

RIBAUD, ANDRE.

"Historia de Francia".
Versión Española de Hernán Laborde.
Fondo de Cultura Económica.
Pánuco 63, México.
Colección de Obras Históricas II.
Historias Nacionales.
Primera edición francesa 1938.
Primera edición española 1941.

ROCH, M.

"Tableau des Révolutions de L'Europe."
Tome IV.
Gide Fils, Librairie, Rue St-mare, N° 20.
París, 1814.

SEGUR, Conde de.

"Historia Universal".
Traducida del Francés por Alberto Lista.
Tomo VI.
Obra Publicada por Mariano G. Rivera.
Imprenta Santiago Pérez.
México, 1849.

SEIGNOBOS, G.

"Historia Universal Moderna".
Traducción Española de Domingo Vaca.
Tomo IV.
Colección Labor.
Editorial Nacional, S. A.
México, 1947.

STERNFELD, R.

Prof. de la Universidad de Berlín.
"Historia de Francia".
Traducida de la 3ª edición, por José Aznar, Dr. en Filosofía y Letras.
Editorial Labor, S. A.
Barcelona-Buenos Aires.
1926.

TORRES DE CASTILLA ALFONSO.

"Historia de las Persecuciones Políticas y Religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días".
Galería Política, Filosófica y Humanitaria.
Tomo II y III.
Imprenta y librería de Salvador Manero.
Rambla de Sta. Mónica, Núm. 2.
Barcelona, 1864-1866.

TRINCADO, MANUEL.
"Compendio Histórico de los Soberanos de Europa".
Madrid.

VEIT, VALENTIN.
"Historia Universal".
Tomo I.